

e216
1983

DOMINGO

MUNDO DEL

NUMERO ESPECIAL



MIS
RECUERDOS
DEL DIA

11

MIS 11 RECUERDOS DEL DIA

Ocurrió
hace
diez años,
un 11 de
septiembre
como hoy

EL 11 de septiembre de 1973 Chile vivía el más atroz marasmo. El Gobierno había rebasado la Constitución, los graneros estaban vacíos, paralizadas la economía, agricultura e industria, y el terror hacía fácil presa en la masa ciudadana. Días antes, el almirante Sergio Huidobro Justiniano, había sido portador de una histórica nota de puño y letra del almirante José Toribio Merino Castro, a la sazón jefe de la Primera Zona Naval, con asiento en Valparaíso: "Augusto y Gustavo, esta es la última oportunidad que tiene el país. Después será tarde...". Estaba dirigida a los Comandantes en Jefe del Ejército y de la Fuerza Aérea, generales Augusto Pinochet Ugarte y Gustavo Leigh Guzmán, respectivamente.

Eran horas negras y flotaban en la atmósfera oscuros presagios con la nación amenazada por un baño de sangre. Pero al despuntar el día, las calles del primer puerto del país amanecieron tomadas por la marinería. La Infantería de Marina, en rápidas acciones, copó los sitios estratégicos. La Armada, depositaria de un prestigio homérico, no había perdonado los intentos de penetración del entonces senador de la República, Carlos Altamirano, quien fue desaforado y sometido a juicio. En el extremo sur, en la lejana Punta Arenas, el general Manuel Torres de la Cruz había movilizadado sus tropas, en una acción coordinada.

Desde Valparaíso, ese mismo amanecer, un coronel de Carabineros —que fue dado de baja— comunicó por radio al Presidente Salvador Allende de cuanto ocurría. En Santiago, y de acuerdo con las órdenes del general Pinochet, el jefe del Estado Mayor, almirante Patricio Carvajal Prado, movía sabiamente el ajedrez bélico. Allende se había apertrechado en La Moneda. Desde allí, y por radio, se escucharon sus últimas palabras, con alusiones a "generales rastrosos". Más tarde, en una emisión desde la puerta del Palacio de Gobierno, el Ministro del Interior, José Tohá, advertía que estaba allí con "el derecho del mandato constitucional emanado del pueblo..."



Funcionarios de la Moneda, con los brazos en alto y enarbolando pañuelos blancos, salen del inmueble. Toda resistencia ya estaba vencida.

Mundo del
Domingo

Editor Jefe
(Director
Responsable):
Héctor Olave V.

Editor de Servicios
Informativos:
Raúl González A.

Editor de
Redacción:
Rodolfo Garcés G.

Representante
Legal:
Carlos Feli C.

Editor "Mundo del
Domingo":
Jorge Laplace P.

Redactores: Ana
María Egert,
Mariella Tiozzo,
Roberto Rivera.

Jefe de Arte:
Patricio Miranda D.

Diagramación:
Arte de Las
Últimas Noticias.

Colaboraron
especialmente en
este número los
periodistas
Luis Candia,
Carmen
Imperatore,
Bárbara Ormazábal
y Amanda Jara.



El Ejército ocupó desde la madrugada las calles de Santiago y de las principales ciudades del país.



Esta foto, captada en las semanas previas al 11 de Septiembre, dio la vuelta al mundo a través de las agencias internacionales. Marcaba un período de gran descomposición.

Después del ataque, así quedó la fachada norte de la casa de Gobierno. Abajo, dos autos destruidos por el fuego y los impactos.



Durante el bombardeo al palacio, Allende se refugió con sus "GAP" en las dependencias inferiores del edificio.

La moneda es atacada por misiles de la Fuerza Aérea. La precisión de los pilotos causó asombro, ya que no se dañó ningún edificio cercano.

Después todo parecía confuso. Las horas pasaron rápidas. Las Fuerzas Armadas, que cumplían la voluntad mayoritaria de la ciudadanía, intimaron rendición a las huestes de Allende. Ofrecían al Presidente la oportunidad de salir con vida, colocándole un avión a su disposición. Rechazó tercamente la alternativa. Las calles eran escenario de ruidosos tiroteos y había mu-

chas bajas. Pero llegó la hora cero y dos "Hawker Hunter" de la Fuerza Aérea, con precisión sin par, bombardearon con sus "rockets" La Moneda, donde se declararon incendios.

El ambiente era infernal. La gente, por disposición de los comandos operativos, permanecía en sus hogares, con la sola excepción de los periodistas.

Tras voces de advertencia y comunicaciones elocuentes, severas, se produjo el éxodo de gran parte de los que estaban en La Moneda. Allende se negó a salir. Horas más tarde se quitó la vida, al igual que algunos de sus más estrechos colaboradores.

El pronunciamiento militar había triunfado y el país comenzaba una nueva era,

restañando heridas y pensando en la reconstrucción.

Al cumplirse diez años de tan dramáticos hechos, "Las Últimas Noticias" ha estimado oportuno reconstruir lo que fue tan trágica jornada. A través del testimonio de diversos hombres destacados o famosos en diversos ámbitos de la vida nacional, ofrece la visión y recuerdos personales de aquel día.

MIS 11 RECUERDOS DEL DÍA



Javier Palacios Reutmann: El General que tomó La Moneda

Por Rodolfo Garcés

JAVIER Palacios, el general que se tomó La Moneda, en un operativo en que se jugó la vida junto a sus hombres, llegó hasta el palacio en trote continuado, fila india, en medio de una lluvia de proyectiles.

Recordó el episodio, ya en retiro. Habló conmigo francamente, como se hace con un amigo con el que había compartido, tiempo atrás, momentos gratos y expansivos.

No creo romper el secreto de un reportaje especial, que algún día verá luz, porque este fragmento en nada ofende su confianza reservada al "De Profundis".

Tuve que decirle, sin rodeos, que todavía afirmaban, con esa superficialidad de los que no miden las palabras, que él había dado muerte al Presidente Allende.

Frunció el ceño.

—Tú me conoces —dijo— y sabes de mi formación. Un soldado jamás asesina, sólo combate, y antes de quitar una vida prefiere, por sentido ético, hacer un prisionero.

Se mordió los labios.

—Fue una experiencia dura —agregó—. La verdad ha sido dicha y repetida. Allende estaba exánime. Se sui-



cidó con la misma metralleta que había usado en el combate. El arma estaba a un costado, deslizada tal vez de sus manos. Era un cuadro horrible. Ya sabes los detalles que la prensa dio a conocer.

—Recibiste un balazo en aquella acción.

Guardó silencio, luego expresó, pausadamente:

—Yo encabezaba un pelotón que avanzó por uno de los pasillos de La Moneda. Había gente muerta. Llegamos ante una puerta cerrada, que abrí cauteloso, ingresando a otro recinto. Una voz llena, bronca, gritó:

—¡Viva la revolución bolchevique...! Tras el grito, un disparo. Sentí la sensación de una quemadura en mi mano derecha.

"La gente que me acompañaba lanzó ráfagas contra el tirador. Soltó su arma y cayó de espaldas, llevándose ambas manos al pecho. Corrí hacia él. Sangraba profusamente, pero todavía le quedaba vida. Observé sus rasgos morenos, evidentemente mapuches.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué te trajo e involucró en esta lucha? —pregunté maquinalmente, conmovido por su bravura.

—¡Vine por la causa...! Además, iba a tener, por fin, una casa para mis padres...

"No dijo más. Un terrible estertor sacudió su cuerpo y quedó yerto".

"Lo que sigue es conocido. Un subteniente me alargó su pañuelo para que restañara la herida. Lo usé como improvisada venda y más tarde se lo devolví, pues la bala me había causado apenas un rasguño".

El caso fue publicado en los diarios. El subteniente escribió una emocionante carta a su general: "He guardado el pañuelo, expresó, porque tiene la sangre de un héroe".

La noticia, que alguna vez divulgué, parcialmente, está en la identidad de aquel joven soldado. Porque ese subteniente era, nada menos, el capitán Arturo Fernández Larraín, que después iba a figurar en el proceso de Townley.



Rodolfo Seguel: Un día corto y agitado

EL 11 de septiembre, hace 10 años, Rodolfo Seguel tenía sólo 19 años y vivía con sus padres. Recuerda ese día:

"Las noticias me despertaron —al igual que a mi familia— a las 7 y media de la mañana y recuerdo, más que nada, que sentía una gran preocupación.

"Salimos inmediatamente a ver qué ocurría, sin despegarnos de la radio..."

"Una de las cosas que recuerdo es que la gente corría, más que nada a comprar... porque no se sabía qué estaba pasando..."

"Al poco rato de saber finalmente lo que sucedía, subí al techo de mi casa y puse la bandera, porque para nosotros... realmente nos sentimos muy identificados con lo que ocurrió ese día".

"Yo veía —afirma ahora con seguridad el dirigente máximo del cobre— que el país estaba viviendo momentos muy difíciles y que era necesario lo que sucedió... Pero también creía que era un período de transición y que, muy pronto, estaríamos nuevamente en democracia".

"Lamentablemente ese 'muy pronto' se ha transformado en diez años. Y te repito que lamentaba haber estado de acuerdo porque la transición en que yo creí, cuando tenía 19 años, lleva 10 años y todavía no termina".

"Para mí, el '11' fue un día realmente corto, por lo agitado y porque además terminó como a las seis de la tarde, por el toque de queda... Yo a las tres no se veía gente en las calles..."

Jaime Celedón: Me amenazaron de muerte

—“**C**ONSEGUISTE lo que querías. Soy el responsable de tu manzana. Antes de cinco minutos iremos a matarte”.

Jaime Celedón, publicista, se estremece aún al recordar esas palabras pronunciadas por una voz anónima masculina a través del teléfono. Era las nueve y cuarto de la mañana del 11 de septiembre de 1973, y se encontraba solo.

—La noche anterior habíamos estado cenando juntos mi novia y actual esposa; Orlando Sáez, su señora y yo, en mi departamento. Orlando, que era en ese tiempo director de la Sociedad de Fomento Fabril, se encontraba en una difícil situación. Opositor acérrimo del gobierno de Allende, temía ser detenido en cualquier instante, por lo tanto andaba escondido.

A las 12 de la noche, mientras aún estaban reunidas las dos parejas, sonó el timbre en el departamento de Celedón. "Pensamos de inmediato que venían a detener a Orlando", recuerda.

Pero no era así. Una persona, un civil que el publicista no desea identificar, estaba en la puerta. Les comunicó que "todo estaba listo, que el golpe se produciría al día siguiente, a las 6 de la mañana".

"Después de esta noticia, la reunión la disolvimos de inmediato. Cada uno regresó a su casa y me quedé totalmente solo —comenta nuestro entrevistado—. Esa noche no dormí casi nada y a las 6 de la mañana sintonicé la radio Agricultura."

Y dos horas y media más tarde recibió la llamada anónima que lo amenazaba de muerte. En ese tiempo él conducía el programa "A esta hora se improvisa" —en Canal 13— "que había combatido mucho al gobierno de Allende".

"Pienso que ahí se encontraba la causa de esta amenaza. Me asusté mucho, me coloqué una chaqueta y, a medio vestir, tomé mi auto y abandoné mi departamento."

Se fue a la casa de su futuro suegro. Allí permaneció hasta que se levantó el toque de queda prolongado, escuchando los balazos y pegado a la radio y a la televisión.

"Creo que fue lo mejor que pudo pasar. No había otra alternativa frente a la posibilidad de una guerra civil. Hoy, mi único deseo es volver a la democracia. Tengo mucha fe en la gestión del Ministro Jarpa. Pienso que ha llegado ya el momento de ponernos todos de acuerdo para que nunca, nunca jamás, tengamos otro 11 de septiembre en Chile."



Adolfo Zaldívar, líder del "grupo de los 54": "El mensaje final de Allende me impresionó"

ADOLFO Zaldívar es el menor de los hermanos de una familia con estirpe política. El 11 de septiembre de 1973, a los 29 años, era profesor de Derecho Político y de Derecho Constitucional en la Universidad de Chile. Hoy dirige un movimiento clave de la política chilena, el "Grupo de los 54", integrado por profesionales de la generación intermedia.

Cuenta su experiencia de ese día: "Desayunaba y me enteré por radio Balmaceda del levantamiento militar. En el primer momento me sorprendí y cambié el dial, para conocer otros detalles. Más tarde me fui imponiendo de las circunstancias trágicas para la democracia de este país, como el bombardeo de La Moneda y la muerte de Allende".

"Hice una serie de llamados, primero a mis hermanos, que tenían más experiencia política que yo. Especialmente, dialogué con Andrés. Ellos me informaron sobre los alcances del golpe militar.

"Creo que en toda mi vida no he escuchado nada más dramático que el último llamado o discurso de Allende. Me impresionó. Yo era entonces dirigente de la Juventud DC y en la medida de mis fuerzas había luchado contra su régimen, porque había querido imponer un sistema de vida que repudiaba la gran mayoría de los chilenos. Creo que Allende no supo encauzar un proceso y no fue capaz de contener la locura demencial de algunos de sus seguidores, como Garretón y Altamirano, que hablaban de que había que "apagar el incendio con parafina" y que incitaban a la Armada a la rebelión.

"Ese día recibí la visita de dos amigos, socialistas, que el día anterior habían estado en mi casa analizando la situación política del país. Temían ser detenidos y, sin vacilar, les dije que se quedaran en mi hogar. Uno estuvo 15 días y otro un mes. Después se asilaron en embajadas europeas. Uno ya fue autorizado para volver; el otro sigue en el exilio, pero espero que volverá.

"Diez años después sigo recordando el mensaje de Allende, y cada vez se me encrispa la piel. Discrepé de él, pero no puedo dejar de reconocer que murió defendiendo lo que creía con entereza. Eso lo define como un hombre entero."





Julio Stuardo, ex-Intendente de Santiago:

“La evasión nos salvó”

JULIO Stuardo no ha perdido su vehemencia diez años después:

“El golpe militar se veía venir. Lo sabíamos todos. Porque no en vano el Departamento de Estado y el Pentágono hacían tiempo que trataban de desestabilizar a Allende, a espaldas de toda la opinión pública norteamericana. No era un misterio”.

“El día 11, yo sabía lo que se venía encima. Por eso llegué más temprano que nunca a mi oficina. Yo era el intendente de Santiago, entonces. Me hice cargo de la situación, no obstante que la guardia me había informado que tropas del Ejército y de Carabineros alzados habían acordonado el sector. El prefecto de Santiago se hallaba en situación muy incómoda, porque patrullas de menor rango querían obligarlo a abandonar el lugar. Me fui a la Prefectura y me enfrenté con un oficial y le dije que midiera las consecuencias de su acción antigubernamental. Ese oficial escribiría más tarde un artículo en un diario de la capital que tituló así: ‘Cómo ganamos la batalla del 11’, lo que

me produce risa hasta hoy”.

“En la Prefectura me advirtieron que desde el Ministerio de Defensa se había dado la orden de que todo el personal civil fuera llevado hasta el Ministerio de Defensa Nacional. Yo dije que no, pero señalé que iría personalmente a imponerme de la situación, pues en la medianoche del día 10 de septiembre los mandos militares habían dicho al Presidente Allende que no habría en su contra ninguna acción”.

“Finalmente se acordó que todo el personal civil, que no era de la UP, sino que, en su gran mayoría, había ingresado en anteriores administraciones y que sigue operando en la actual, iría a dicho Ministerio, pero no con los brazos en alto, ni con banderas de rendición, como había ocurrido en otras dependencias públicas. Pactamos eso, y nos fuimos por Moneda hacia Bandera. En el mismo lugar donde está el Teatro Bandera se me ocurrió que si llegábamos al Ministerio nos iban a fusilar. Entonces proyecté la evasión. Le dije al oficial de Carabineros de mayor rango que nos escoltaba: ‘Usted recibió orden de

dejar que todos los civiles se retiraran a sus hogares. Por favor, repita la orden que se le dio”. El oficial la recitó: “Todos los civiles se retiran a su hogar”. Entonces nos separamos rápidamente, cada uno para su lado. Yo me fui a luchar por el Partido Socialista en la clandestinidad. Mi domicilio fue allanado cuatro veces, pero tengo que reconocer hoy que la oficialidad de la Prefectura Norte actuó bien. No hubo ningún destrozo. Nada se perdió”.

“Estuve 20 días realizando acción subterránea, hasta que, en una operación rastrollo, me capturaron. Me llevaron a ‘Dos Alamos’ y después a la Isla Dawson, en el sur. Estuve dos años preso y me pusieron en libertad. Me entregaron un certificado que decía que no había cargos en mi contra. Ese certificado lo voy a utilizar después para exigir una indemnización, de acuerdo con la ley”.

“No supe de la muerte del compañero Allende hasta el día siguiente del golpe militar. Me dolió, porque fui su amigo, su camarada hasta el final”.

“Se han tejido muchas historias de un presunto baleo que realizamos no-



Rafael Cumsille:

1973-1983, nada nuevo bajo el sol

“**C**REO que no vale la pena relatar qué estaba haciendo yo el 11 de septiembre de 1973, dónde estaba y qué es lo que sentí. Lo que puedo decir es que a diez años de esa fecha, parece que hubiese sido ayer. Es como un sueño..., es como si me hubiese puesto a dormir de lado y despertara el 11 de septiembre de 1983. Ocurre que hoy siento la misma cosa y la misma pena que sentí justo hace una década...”

“Veo un país dividido, con violencia, un pueblo de verdaderos hermanos nacidos en el mismo suelo y que nos cuesta entendernos. Porque esa es la realidad. El 11 de septiembre de 1973 fue, incuestionablemente, producto de una lucha de sordos en que nadie escuchaba a nadie y, naturalmente, lo que aconteció aquel día fue porque nadie fue capaz de darle una solución adecuada. Por eso, el pronunciamiento militar...”

“Y digo que esto se parece tanto a lo otro, que parece que fuera ayer. Porque si recordamos aquella época, también se cometieron asesinatos de connotadas personalidades nacionales y también, ahora como ayer, hubo autoridades del sector económico que erraron el modelo económico y la coincidencia es que lo que hoy ha llevado a todo esto, es la dirección económica del país...”

“Porque se parecen mucho ambos dogmáticos, teniendo, irónicamente, filosofías tan diferentes. Mientras que los economistas del gobierno anterior nos dieron mucho dinero y desabastecimiento, éstos nos dieron mucho abastecimiento por la vía de las importaciones indiscriminadas, lo que llevó a medio mundo a la cesantía.”

“Es importante saber por qué se protestaba ayer y por qué se protesta ahora. En el régimen anterior, la gente protestaba por las colas y ahora protesta porque está cesante y no tiene dinero y, todo esto, por la irresponsabilidad de los teóricos, simplemente.”

“A mí me ha correspondido por 13 años ser dirigente. Tres años en el gobierno anterior y 10 en el actual, y tengo que decir que estos últimos han sido tanto o más pesados que los anteriores, por mi postura de dirigente gremial.”

“Durante el gobierno anterior dimos infructuosa lucha por nuestro movimiento gremial. Ahora se nos han contenido esas inquietudes, cansados por un manejo económico dogmático. Y hoy, 11 de septiembre de 1983, me pregunto: ¿para qué tanto sacrificio y tanto esfuerzo? Todo quedó convertido en nada.”

“El pueblo, siempre, a lo único que aspira, es a vivir en paz, y cuando digo pueblo, hablo de todos los sectores del país. Lo concreto para mí es aportar con acciones que permitan el reencuentro efectivo de los chilenos y esto sólo se puede lograr autoconvenciéndonos de que no somos dueños de la verdad, como se ha venido sintiendo durante estos últimos diez años”.

sotros desde la Intendencia. Nadie disparó un tiro. Eso fue una invención. Pero esa invención provocó la muerte de un funcionario que murió acribillado”.

“Cuando miro atrás, me doy cuenta de que el gesto providencial de la evasión me salvó, nos salvó. Si no es por esa ocurrencia, no estaría haciendo este relato aquí”.

“Vale la pena consignar que el oficial que repitió la orden de ‘los civiles a su hogar’ fue castigado y humillado después. Ese hombre, creo, merece nuestro respeto y consideración hoy”.

REPUESTOS Y ACCESORIOS

IMPORTADORA LEON KAPLUN S.A.C.

De nuestro amplio stock destacamos algunos precios especiales sólo por muy pocos días.

Carpas para todo tipo de vehículos.
desde \$ 3.799 variedad de colores

Bocina musical computarizada con 76 canciones (Incluyendo Cumpleaños Feliz cucarachas, marselesas, 5ª sinfonía, marcha nupcial, etc.)
\$ 6.998
“El accesorio de moda en EE.UU.”

Bocinas musicales 30 tipos diferentes incluyendo sonido toro, Burra, Sorpazo, Padrino, etc.
También bocinas standard de 6, 12 y 24 volts, desde \$ 309

Neblineros de yodo y Tungsteno 6, 12 y 24 volts
20 tipos diferentes, desde \$ 830 c/u.

Ventiladores eléctricos, desde \$ 525

* **Film para polarizar** marca Gila en 10 colores, rollos de 3 y 30 mts.
Recibimos film para polarizar de 1,52 mt. ancho x 30 mts. largo, especial para casa y oficina.

* **Radios AM - FM** tocacassette, equalizadores parlantes desde \$ 3.119

—Cera Rally Dupont. Turtle Wax.
—Limpiador de velour de vinilo.
Antenas con llave, con resorte de pilar, de techo, para C.B. y otros tipos desde \$ 323

Cortinas traseras, delanteras, laterales, lisas y con paisajes, desde \$ 484

* **Motor alzávidrios eléctrico adaptable** a todo tipo de vehículos.
Defroster trasero americano \$ 615

Lámparas de pana emergencia, conejeros desde \$ 309
Foco lateral \$ 161

* **Molduras surtido completo** 100 modelos dif. para puertas, tapabarros, etc. desde \$ 350 rollo

* **Bardahl** la línea de aditivos más vendida en el Mundo para agregar al aceite, bencina, radiador, grasa, etc. Silicona en spray.

200 tipos diferentes de espejos desde \$ 171
Espejo eléctrico con control remoto, adaptable a todo vehículo \$ 3.653

Pisos de goma tipo Jean (4 piezas) \$ 642
Guardafangos con diferentes marcas de auto
Asientos frescos.

Recién recibidas. Cortinas traseras, colores azul y negro. Desde 0,50 hasta 1,20 mt. Cortinas laterales y delanteras, ampolletas y fusibles MARCA FOCUS (Más de 200 tipos) **SURTIDO COMPLETO**

● **Recién llegados encendidos para vehículos japoneses.**
Desodorante ambiental Play Boy, surtido completo: Pino, fruta, dibujos animados, niñas y portátiles.
VISITE NUESTRO SHOW ROOM O SOLICITE VENDEDOR
ARTURO PRAT 179 - FONOS: 383297 - 383458
ESTACIONAMIENTO PARA NUESTROS CLIENTES EN A. PRAT 169
PLANES DE PAGOS ESPECIALES Y CON GRANDES DESCUENTOS,
VENTAS POR MAYOR, MILES DE ARTICULOS MAS.

MIS RECUERDOS DEL DÍA



Carlos Caszely:

“Buscaba a mi polola...”

TENIA 23 años, estaba soltero, estudiaba Educación Física y ya era un futbolista famoso. Jugaba por el Colo Colo y la selección nacional.

El 11 de septiembre de 1973 Carlos Caszely, al dirigirse a clases temprano en la mañana, notó en las calles “un ambiente muy especial, raro”.

—“Había mucho ruido de aviones” —recuerda—. Al llegar a la Universidad me enteré que no tendríamos clases. Me fui entonces al estadio Pinto Durán pero tampoco tuvimos entrenamiento”.

Sostiene que Luis Alamos, el entrenador, los envió a cada uno para su casa. “Estábamos próximos a viajar a Rusia para las eliminatorias del Mundial de Fútbol”, rememora.

Pero Caszely, en lugar de dirigirse a su hogar, se puso a buscar a su polola, María de los Angeles —actualmente su esposa—. Volvió a la universidad pero no la encontró.

—“En el Físico, ubicado entre Grecia y Pedro de Valdivia, no estaba. Tampoco en su casa ni en la de una compañera suya. Se escuchaban ya algunos disparos. En la radio de mi auto hablaba el Presidente Allende. Recuerdo que pedía calma a la población, que no hubiese muertes”.

A las 11.30 horas lo detuvo una patrulla militar en la calle Monseñor Edwards. “Carlitos”, le dijo uno de ellos, “esto va en serio, váyase al tiro para su casa”.

“Avancé dos cuadras —continúa Caszely— y me enfrenté a otra patrulla. Era de Carabineros. Me repitieron algo parecido: “No sea leso, Carlitos, váyase directo a su casa”.

La radio que escuchaba se cortó. Sintió el ruido del bombardeo que se iniciaba. Entonces decidió refugiarse en la casa de un tío que vivía en Monseñor Edwards con Príncipe de Gales. A su hogar ya no alcanzaba a llegar.

—“Estaba muy nervioso —recuerda—. Especialmente por no saber nada de mi polola ni de mi familia. Al fin me tranquilicé cuando pude comunicarme por teléfono y me enteré que tanto ella como mis padres y hermanos estaban bien.

Tranquilidad relativa, obviamente. Porque los instantes vividos, Caszely asegura tenerlos grabados en su memoria, en especial el ruido de las balas y morteros, el miedo de la gente encerrada en sus casas, temerosa incluso de acercarse a las ventanas. Estuvo en el hogar de su pariente hasta que levantaron el toque de queda permanente, que duraba día y noche.

El 17 de septiembre partió a Rusia con la selección de fútbol.

Jaime Guzmán:

“Ese martes desplegué la bandera”

“ESE martes 11 de septiembre de 1973 no desperté muy temprano. El día anterior había sido agitado. Me había correspondido improvisar un discurso en un acto organizado por el Comando Multigremial en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, sin estar en el programa de oradores. El resto de la tarde fue bastante agitado, incluyendo una grabación en radio Agricultura (donde comentaba tres veces por semana) y que alcanzó a salir al aire normalmente al día siguiente, martes 11, en su horario habitual de las 7,50 de la mañana.

“En la noche del lunes 10 comí en casa del ex Ministro de Estado, Julio Philippi, a continuación de lo cual iniciamos —con un grupo de estudiantes universitarios— un ciclo de reuniones para estudiar sobre la segunda venida de Cristo al fin de los tiempos. Quedamos de continuar reuniéndonos todos los lunes siguientes en la noche, después de comida. Tan absolutamente ignorantes estábamos de lo que sobrevendría pocas horas después. Llegué a mi casa cerca de la 1 de la mañana.

“El martes 11 desperté,

tomé desayuno y empecé a leer y subrayar la prensa, como lo hacía siempre a modo de preparación para el programa de Canal 13 “A esta hora se improvisa” en el cual participaba todos los domingos. Pensaba asistir esa mañana a un desfile en la Alameda convocado por la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC), que presidía el gremialista Javier Leturia.

“Alrededor de las 9,15, cuando ya hacía alrededor de una hora que se habían anunciado los primeros bandos del pronunciamiento militar, llegó a mi departamento una tía que vivía muy cerca a comentar los hechos. Yo no tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo. No acostumbraba a escuchar radio en las mañanas.

“Me levanté de inmediato a prenderla. Comprobé la efectividad del movimiento militar al constatar que las comunicaciones estaban casi ya totalmente controladas. Alcancé a escuchar el último discurso de Salvador Allende y comprendí que estaba derrotado.

“Durante la mañana, llegaron a mi casa muchos amigos. Querían celebrar el hecho, pero como todavía no



había confirmación oficial del triunfo del levantamiento militar, me negué a ello. A la hora de almuerzo se fueron todos, porque se anunciaba inminente toque de queda. Almorcé solo y luego dormí siesta como todos los días.

“Al despertar, a las 14,40, prendí de nuevo la radio justo cuando se anunciaba la rendición de La Moneda y se llamaba a embanderar las casas. Ahí me acordé de que en vísperas de las elecciones presidenciales de 1970, una mujer húngara me había regalado una bandera chilena para desplegarla celebrando el triunfo

de don Jorge Alessandri. A raíz de su derrota, la bandera permaneció en su mismo paquete, porque nunca quise usarla. Ese martes 11 la desplegué, mientras la Canción Nacional me emocionaba hasta las lágrimas y desde los edificios contiguos se oían gritos de ¡Viva Chile!

“Minutos después recibí el llamado telefónico de don Jorge Alessandri, quien me contó que Salvador Allende había forzado la destrucción de La Moneda, tan querida para don Jorge. Me manifestó su alivio y complacencia por la intervención militar que estimaba inevitable y me añadió el aún rumor de que el Presidente Allende se había suicidado.

Esta noticia me impactó fuertemente. Imaginé que así como tantos chilenos estábamos felices otros estarían sufriendo. Y me recogí en silencio a rezar por estos últimos y a agradecerle a Dios la liberación de Chile del comunismo, sentimientos encontrados pero conciliables en la serenidad de la paz interior. Por eso, preferí pasar solo el resto de ese día”.

Director de la Posta:

“Llegaron 120 heridos...”

DOCTOR Raúl Zapata Díaz, director de la Asistencia Pública el 11 de septiembre de 1973:

“Yo llegué ese día a las nueve de la mañana, como siempre. Sabía que se había producido un levantamiento y en la Asistencia había un gran revuelo. Se sentían volar los aviones y lo primero que hice fue mandar cuatro ambulancias a La Moneda. Fueron devueltas porque, dijeron, no eran necesarias, y que cuando fueran necesarias las pedirían.

“Ahí quedamos incomunicados, con sólo la radio y muchos comentarios. Estábamos totalmente llenos y se nos prohibió la salida, por lo que la gente del turno anterior también tuvo que quedarse. Como a las dos de la tarde pidieron tres ambulancias, de La Moneda, para retirar los heridos. Una trajo a Augusto Olivares... muerto. Nos preocupamos personalmente de él con el doctor Emilio Salinas y no supimos de las otras dos, aunque posteriormente una de ellas tuvo mucha importancia.

“Mireya, la esposa de Olivares, estaba llamando

para saber qué había pasado con Augusto. Habló conmigo y tuve que mentir, tratando inmediatamente de contactarme con su hermano para que la preparara frente a esa noticia. Entremedio, Mireya llamaba e insistía...

“Llegaron ese día alrededor de 120 heridos, la mayoría de bala, pero la casi totalidad en las piernas y brazos, algunos con golpes solamente. Del tórax o abdomen iban directamente al Instituto Médico Legal. La bala militar en las extremidades hiere, en el tórax, abdomen o cabeza, mata...”

“Como estábamos con el doble de personal de lo habitual, las primeras noches dormíamos todos en el suelo. La gente a la cual el toque de queda la ‘pillaba’ en el centro, llegaba a la Asistencia. Sólo en la sala de espera había 140 personas. De muerte, ese día no supe más que la de Augusto Olivares...”

Recuerda que todas las noches había un gran balleo en las Torres San Borja, pero no se rompió ni un solo vidrio de la Asistencia. No se disparó en contra de ésta.

—¿Y qué fue lo que pasó con esa ambulancia que usted aseguró recién tuvo mucha importancia?

“Al tercer día llegaron agentes de Investigaciones para pedir la lista de los heridos que habíamos atendido y buscaban a alguien, a una mujer, aunque no la encontraron o no figuraba. Se trataba de la Payita. Según supe después de ocho o diez días, la Payita llegó en una de las tres ambulancias, porque el general Palacios la mandó con una lesión en un pie, sin orden de detención...”

“Ella dio un nombre falso; no sé quién la atendió y no supe de ella. Después me enteré de que la habían atendido y despachado en una ambulancia para su casa. Se dijo que yo la había ayudado a huir, cosa que afortunadamente el general Palacios aclaró en la televisión, porque dijo que no hubo orden de detención. Yo no la conocía ni la había visto nunca. Me significó molestias...”

“La Asistencia no tuvo labor destacada ni de mucha importancia, porque no estaba preparada para lo que sucedió. Días anteriores al 11, el trabajo fue ex-



traordinariamente grande y hubo que dotar a choferes y personal con máscaras antigases para rescatar a los accidentados, pero cuando las Fuerzas Armadas tomaron el control, perdimos la calle...”

“Este pueblo descrito por Ercilla no podía soportar a 14 mil extranjeros —cubanos, alemanes, y otros— tratando de dirigir al país. Habían elegido el socialismo a la chilena, pero jamás aceptarían la dominación extranjera. Esta situación provocó una reacción tan profunda”.



Matilde Urrutia:

“Una pena terrible...”

MATILDE Urrutia, viuda de Pablo Neruda, recuerda aquella jornada del 11:

“Estábamos en Isla Negra. Era un día que recuerdo como muy especial para nosotros. Nos iba a visitar Sergio Insunza, Ministro de Justicia. Estaban invitados Fernando Alegría y algunos periodistas. Se proyectaba como un día muy hermoso. Sergio Insunza vendría para dar los últimos detalles de todo lo que se había hecho para la Fundación 'Pablo Neruda' en el sitio que Pablo tenía en Punta de Tralca”.

“Muy temprano abrimos las ventanas. Había sol. De repente Pablo comenzó a oír las noticias. Ante nuestro asombro, dijeron que iba a hablar Salvador Allende y escuchamos el discurso de despedida que hizo al pueblo de Chile. Parece que presentía lo que iba a sucederle.”

“Seguíamos escuchando esas noticias terribles. Pablo sintonizó radios extranjeras. Una de Mendoza transmitió la muerte de Salvador. Aquí tardaron varias horas en darla. Fue para nosotros una pena terrible, algo muy doloroso”.

“Pablo estaba muy delicado de salud. Tenía un cáncer muy bien controlado y los médicos decían que podía vivir cinco o seis años, pero el enfermo de cáncer es una persona que hay que cuidar. Cualquier resfrío, cualquier dolor los agrava y yo nunca lo vi tan derrumbado como en ese momento. Había desesperación en sus ojos...”

“Además, con ensañamiento, la televisión dio cuatro o cinco veces el incendio de La Moneda. Veíamos los tanques con esas terribles metrallas, la gente en la Plaza de la Constitución botada boca abajo. Además, la población no podía salir de sus casas —estábamos como presos—, y los que se arriesgaron, murieron”.

“Para mí fue todo muy trágico y muy terrible y creo que el 11 de septiembre, con esas noticias horribles, con todo lo que pasó aquí, fue lo que —finalmente— mató a Pablo...”



Gabriel Valdés:

“No pude regresar a Chile”

“EL día 10 empezaba en Chile una reunión de CEPAL, a la que asistirían cuatro o cinco subsecretarios. Yo tenía que intervenir el día 13, así es que preparé mi viaje para el 11”, recuerda Gabriel Valdés, quien en esa fecha se desempeñaba como Subsecretario de las Naciones Unidas.

“Aunque ya me había enterado más o menos de lo que pasaba, tomé el avión, pensando que tenía que venir de todas maneras. Sabía que Allende había muerto y que el país se debatía en medio de una gran agitación”.

“Un periodista de Washington se enteró de que yo viajaba a Chile y lanzó la noticia de que yo venía a formar parte del nuevo gobierno. Lo desmentí en forma tajante. Yo no estaba participando en política. Había estado en Chile en junio y la situación era imposible; había un caos total”.

“Esa vez me entrevisté con Allende y se lo dije: podía haber un desenlace atroz. Me escuchó, pero parecía que la situación se escapaba y no podía manejar el país. Después hablé con Frei y algunos amigos y me preparé para lo peor”.

“La situación de Allende era irrevocable, no había tranquilidad ni paz. Entonces, me fui con esa convicción”.

“Al llegar el avión a la escala de Miami, me estaban esperando los periodistas, y alguien me preguntó por la noticia ésta que habían lanzado en Washington. Nada

más ajeno a pensar que yo vaya a tener un rol político en Chile, respondí, y nuevamente tuve que desmentirlo en forma tajante, igual como después lo hice en Panamá. De ninguna manera lo hubiera aceptado, no tenía ningún contacto con militares ni nada. Estaba alejado del quehacer político”.

“Bueno, en ese mismo avión viajaban Léniz y Hormazábal, y naturalmente veníamos conversando sobre esto. Al llegar a Lima nos informaron que no podíamos llegar a Chile. Inmediatamente pusimos un cable a Leigh, del que jamás recibimos una respuesta. Viendo que no podía entrar, seguí en avión a Buenos Aires, y desde allá tampoco pude entrar. Entonces, realicé algunas tareas y a los tres días volví a Lima.

Finalmente, no pude entrar a Chile. Recién el domingo, a través de un radioaficionado, pude hablar con mi señora”.

—¿Y cómo era su estado anímico en ese momento?

—De mucho dolor. Viendo el fenómeno de afuera, viajando, veía cómo el proceso chileno era inexorable, cómo el Cardenal y los políticos se empeñaban en algo que de todas maneras seguía su curso. Allende, por el que sentía mucha estimación, no tenía control sobre la situación; la izquierda que lo apoyaba con irresponsabilidad, seguía por la pendiente. Ver todo esto desde afuera, era para mí extremadamente doloroso. Se rompieron los diálogos, había



violencia en las calles, un clima de odio que hacía doler el corazón.

“Al Presidente Allende se lo dije. En ese momento lo acompañaba Tohá. El debía asumir y nombrar un gabinete independiente. El era el Presidente elegido; no así la izquierda y la Unidad Popular. Con un gabinete independiente, él podía asumir la crisis; fue llano en escucharme, pero no sé, parece que no hubo voluntad”.

“En fin, lo que pasó, pasó. Nadie se imaginó que las FF.AA. iban a organizar un régimen que se ha ido quedando mucho más allá de lo que debieran, con un programa político y un rigor de extrema tensión que ha provocado una violencia gigantesca. Se han cometido errores garrafales; se quería orden, pero se organizó un intento de denigrar a los políticos; se pasó por arriba de los valores humanos y las libertades básicas, pisoteándolas. En lo económico, lo mismo. Se siguió un programa que condujo a la tensión social y que ha confirmado una violencia desatada en otros planos, y que nos esmeramos a que no estalle. Han sido 10 años muy graves e inútiles. Lo que se hace hoy se pudo hacer sin estos riesgos por lo menos cinco años atrás. A mí, como político, me mandaron a una 'covacha' por expresar mi opinión, y en todas partes los políticos son respetados”.

“Ojalá el diálogo que hemos iniciado con el Ministro Jarpa fructifique y no sea demasiado tarde”.



Carlos Briones, ex Ministro de Interior:

“A las 8 entré a La Moneda”

CARLOS Briones Olivos, abogado, era Ministro del Interior el 11 de septiembre. De acuerdo a la Constitución vigente a él le correspondía suceder, en cualquier circunstancia, a Salvador Allende en el poder.

Este es su relato:

“En la noche del día 10, el lunes, yo comí con el Presidente en su casa de Tomás Moro. Allí estudiamos los lineamientos de un mensaje que él iba a dirigir al país, en el cual iba a plantear un plebiscito para realizar una reforma constitucional que permitiera una salida a la crisis política que vivía el país. A esa hora, ya supimos que había desplazamientos de tropas desde San Felipe y Los Andes hacia la capital.

“Me retiré a las 2 de la madrugada de la casa y traté de comunicarme con él cerca de las 3. Pero mi teléfono conocido había sido cortado, por lo cual no pude conversar más. Como a las 8 de la mañana del martes 11, el Presidente me llamó por otro teléfono secreto, que funcionaba, y me dijo que fuera a La Moneda. Llegué allí como a las 8.15 horas y encontré tanquetas apostadas frente al Palacio. Todavía había guardia de carabineros adentro y afuera, porque el Prefecto de Santiago seguía leal. Más tarde fue retirada, cuando se reforzó la información de que el general Mendoza se sumaba a la rebelión.

“Se veía una situación bastante ambigua, porque no se aclaraba muy bien a quién había que obedecer. Cuando subí al despacho de Allende, me saludó con cordialidad. Estaba tranquil-

lo, consciente de la gravedad de la situación, pero dispuesto a todo. Me dijo que entregaría su vida, si era necesario, por la causa del pueblo. No voy a aceptar presiones. No me sacarán vivo de aquí”, me señaló.

“A las 9 de la mañana se sabía que iban a bombardear La Moneda. Yo y José Tohá, que había sido antes Ministro de Defensa, tratamos de comunicarnos con el almirante Patricio Carvajal, quien comandaba las operaciones desde el Ministerio de Defensa Nacional. Eran ya las 10 de la mañana. Carvajal nos dijo que estaba dispuesto a asegurar la seguridad personal del Presidente, de sus colaboradores y de su familia. Incluso, ofreció un avión especial para que todos salieran del país.

“Allende rechazó el ofrecimiento y minutos después dirigió su dramático mensaje al país. Ese instante resultó trágico y conmovedor para mí. Luego nos pidió que abandonáramos La Moneda; dio instrucciones para que el personal de servicio se fuera a sus casas. Nosotros nos quedamos; nos dividimos en dos grupos, para evitar los efectos del bombardeo que se anunciaba una y otra vez.

“El Presidente se refugió junto a su hija Beatriz; el Subsecretario del Interior, Daniel Vergara; su secretaria privada Miriam Contreras, más conocida como 'La Payita', y su secretario personal, Osvaldo Puccio, quien hace poco murió exiliado en Berlín; yo, los hermanos Tohá y Ciodomiro Almeyda bajamos al subterráneo, que está en el ala sur. Antes, nos despedimos con un ligero saludo del Mandatario y nos

instruyó para que continuáramos con su causa. Allende estaba convencido de que yo lo iba a suceder. Tras eso, el Presidente y su guardia del GAP (Grupo de Amigos Personales) se parapetaron en otro lugar.

“A las 11.30 horas vino el bombardeo, que estremeció los cimientos del Palacio. Yo conté unos 13 ó 14 impactos. Luego el edificio empezó a arder por su parte norte, la que da a la Plaza Constitución.

“Es la última visión de Allende que tengo, metrallero en mano, tratando de repeler la agresión. A las 17 horas, los militares nos capturaron y nos llevaron prisioneros al Ministerio de Defensa. Allí pregunté a un general por la suerte corrida por el Mandatario. Me contestó: 'Su presidente está muerto. Pero no lo mató una bala nuestra'.

“A otro grupo lo llevaron al Regimiento Tacna y a un tercero a la base aérea de Colina. Después, la Junta Militar concentró a los que llamaba 'los jefes de la Unidad Popular' y luego los envió a la Isla Dawson, en el extremo sur. Jamás me he podido explicar esta última decisión.

“A mí me trataron relativamente bien. Del Ministerio de Defensa me enviaron detenido a mi casa. Mi hogar fue una prisión durante seis meses. No podía salir de allí. Después de ese plazo, quedé en libertad. Partí voluntariamente más tarde al extranjero, regresé y me exiliaron, por la razón o la sinrazón que todo el mundo conoce. Espero que mi permanencia en mi patria sea definitiva, porque, como todos los chilenos, tengo el derecho sagrado de vivir aquí”.

MIS 11 RECUERDOS DEL DÍA

Gustavo Leigh:

“Mi familia durmió afuera”

INDUDABLEMENTE que fue duro tomar la decisión de bombardear La Moneda”, recuerda el ex comandante en jefe de la Fuerza Aérea y ex miembro de la Junta de Gobierno, Gustavo Leigh.

“Incluso se postergó el bombardeo dos veces, en espera que fuera posible evitarlo, pero como las víctimas continuaban aumentando, se decidió llevar a cabo la operación para terminar con rapidez una acción que estaba costando numerosas vidas por ambos lados”.

“No puedo dejar de recordar también —continúa Leigh— los angustiosos días previos a esa fecha, cuando la vida en Chile se había transformado en una confusión de toda naturaleza. Asimismo me es imposible olvidar los instantes de tensión que vivimos en el transcurso de ese día, que culminaron con el juramento que prestamos la noche del 11 de septiembre en la Escuela Militar”.

En cuanto a los sucesos íntimos vividos por su familia, el ex comandante relata: “La noche del 10, mi familia con el nerviosismo natural y para prevenir una acción armada en contra de mi domicilio, pernoctó en casa de unos amigos. Sólo volví a reunirme con ellos después de 48 horas. Los ni-



ños, dada su corta edad, prácticamente no se dieron cuenta de nada, pero mi señora sufrió la angustia y el nerviosismo propio de las horas que todos vivimos ese día”.

General Ernesto Baeza:

Dialogó con Allende

EN el campo militar de Peñalolén estuvo ubicada la base del alto mando de la intervención militar. Las acciones en el plano, en torno a La Moneda, estuvieron a cargo del general de división Ernesto Baeza Michaelsen. Más tarde fue nombrado Director de Investigaciones y mientras ocupaba este cargo contó a “El Mercurio”, el 21 de septiembre de 1973, lo acaecido en el interior de la casa de Toesca.

“Inmediatamente después que salieron de La Moneda los edecanes, el comandante Badiola me explicó que el Presidente deseaba hacer salir a las mujeres y que solicitaba la presencia en su despacho de los Comandantes en Jefe para entregarles a ellos el mando de la nación, es decir, su cargo de Presidente. De inmediato yo informé de esto, pero se me dijo que el señor Allende debía deponer su actitud y entregar el mando sin la presencia de los Comandantes en Jefe, lo que sería suficiente para garantizar su integridad física, la de su familia e, inclusive, la de las personas que él indicara.

“Me comuniqué con el despacho presidencial y hablé telefónicamente con el señor Allende. Le expliqué que cualquier resistencia sería inútil. Le di cuenta del operativo que se haría por aire; pero él insistió en la presencia de



los Comandantes en Jefe. Me da la impresión de que él no creyó en la posibilidad de la operación aérea. Después supe que sus ministros y asesores le habían asegurado que jamás habría ataque por aire debido al peligro de equivocación, que sería fatal para los edificios contiguos, en una actitud de torpe subestimación de nuestros pilotos de guerra...”

“Más o menos un cuarto para las 11 me llamó el señor Allende y me pidió diez minutos para asegurar la salida de las mujeres. Hubo que ordenar acciones rapidísimas para atrasar el operativo aéreo. El Presidente me dijo que sólo saldrían mujeres porque los hombres querían mantenerse a su lado, pero resultó que un gran grupo de hombres abandonó el despacho presidencial junto con las

mujeres... Y entre ellos varias personalidades de gobierno.

“Pasados algunos minutos abandonaron La Moneda el ex Ministro Fernando Flores, el ex subsecretario Daniel Vergara y Osvaldo Puccio, que oficiaba de secretario privado de Salvador Allende. Conducidos por efectivos militares se dirigieron al Ministerio de Defensa Nacional, donde pidieron hablar con el Alto Mando, explicando que tenían la misión de parlamentar”.

En su segunda comunicación con Allende, el general Baeza pidió que por consideración a la vida de todas las personas que estaban en La Moneda, depusiera su actitud y se entregara. El general asegura que “le rogué que entregara su cargo y que evitara las acciones violentas”.

Otro llamado presidencial advertía la entrega de Allende al solicitar un vehículo, “para que el Presidente abandone La Moneda”.

Más tarde abandonaron el edificio el resto de los funcionarios por la bajada que da a Morandé 80. Allende iba al final y al pasar ante el salón La Independencia, el ex Primer Mandatario se quedó atrás, se sentó en un sofá y se disparó con su propia ametralladora, según el testimonio del doctor Patricio Guíñón Klein.

S. E. General Augusto Pinochet:

“Esa noche fue la más larga”

DEBO confesar que esa noche fue la más larga de mi vida —recuerda el general Augusto Pinochet en su libro ‘El Día Decisivo’—. No pude cerrar los ojos. La preocupación mayor que me embargaba era el temor a una posible delación de alguna persona infiltrada o que algún comandante de columna se anticipara en mover sus tropas y provocara la reacción del Gobierno, cuyas brigadas paramilitares movilizadas podían llegar hasta paralizar la acción por medio de barricadas de vehículos pesados colocados en las carreteras de acceso a la ciudad. Contando los minutos y las horas durante la noche. A las 5.30 puse a la ducha y comencé a vestirme. Más o menos a las 6.30 sonó la campanilla del teléfono. Era un llamado del telefonista de la casa de Allende, en Tomás Moro. Respondí como si se tratara de una persona que recién despierta y debo haber estado conviniendo, porque sólo se me informó que me iban a llamar más tarde. Me vestí rápidamente, para “ir a pasar una vista a Peñalolén”. Poco después, a las 7.10, viajaba en el vehículo rumbo a la casa de uno de mis hijos. Allí permanecí algunos minutos contemplando a mis pequeños nietos que

dormían sin saber lo que iba a ocurrir y pensé que la trascendental resolución adoptada era decisiva para su futuro, para su libertad, como me lo había dicho mi esposa tiempo atrás”.

“Subí al vehículo y ordené a su conductor dirigirse a la Central de Telecomunicaciones, lugar donde estaba el puesto de mando del comandante en Jefe del Ejército, a donde llegué faltando veinte minutos para las ocho. Cuando ingresé al patio de los vehículos salió a mi encuentro el general Oscar Bonilla, que estaba muy preocupado por mi retraso. Le señalé la razón de ello y me reuní con el personal que había venido conmigo y con otros del comando y les expresé lo que sucedía. Con alegría pude comprobar que todos estaban felices con la decisión adoptada, con la excepción de mi ayudante, que me expresó no estar de acuerdo con lo que se iba a realizar. Le acepté su posición y dispuse su arresto de inmediato en una sala del edificio de Telecomunicaciones”.

“Después de una rápida revista y de algunos momentos de espera, se sintió la Canción Nacional que se transmitió por todas las radios revo-



Guillermo Yungue: “Prefiero el futuro”

TENGO como norma no responder preguntas acerca del golpe. Porque éstas, generalmente, son insertas en reportajes que tienen un sentido y una interpretación para mí inaceptables y que no comparto.

“Además, creo que este no es el momento de hablar del pasado de hace 10 años. Este es el momento de hablar de un futuro democrático para Chile”.



EL general (R) rambio estaba de 1973 en el guay. Llevaba ese país. Después de cumplir ses de cárcel, partido sado de participar con resultado de mu-

der”. Esta es su visión, tuvo del pronun “Yo y mi familia en una residencial pacho”. A la hora las 8 de la mañana onda corta para es le. Escuchábamos qué radio en el cu tas leía y discutía terior. En eso no terrumpia su reloj; a la distan pronto dijo: “Alg de aquí estoy v mientos de tropa mos que come tratada de un p

“Esa fue la recibí. Más tar sos bandos de se integraba. zo, porque por bierno de la resultado tan “A medioda chilenos que mentar los h



...ga de mi vida"

lucionarias de Santiago, y poco después de las 8 y media se escuchó la proclama de la Junta de Gobierno. Se fundamentó dicho documento en la gravísima crisis moral, social, política y económica en que, por incapacidad o voluntad del Gobierno, se había sumido al país, y en el desarrollo del terrorismo que llevaba a Chile a una guerra civil".

Más adelante, el jefe de Estado recuerda: "Había choques con los paramilitares y los guerrilleros del MIR. Nuestras tropas respondían eficazmente. Luego se inició una dura labor de limpieza. En esos momentos finales no recibimos de los cordones industriales ninguna de las reacciones que temíamos".

"Mientras se desarrollaba la batalla de Santiago, en Valparaíso, Talcahuano y Punta Arenas, la Armada, junto con el Ejército, FACH y Carabineros, procedía a ocupar las intenciones y a detener a los grupos extremistas que se presentaban".

"Recuerdo que en esos momentos de liberación de Chile, de liberación de nuestra conciencia y de pensamientos que agobiaban, con un nudo en mi garganta, sólo atiné a decir: ¡Viva Chile!".



Bernardo Leighton:

"Un periodista me dio la primera información"



"YO estaba en casa de un amigo, en calle Martín de Zamora, en Las Condes, cuando un periodista amigo me llamó para informarnos del pronunciamiento militar. La noticia, como es lógico, me conmovió."

Bernardo Leighton era diputado DC en ese tiempo y hacía esfuerzos para llegar a una conciliación entre el gobierno de Allende y la oposición democrática. Recuerda hoy:

"Por la radio Minería y después por la Agricultura nos fuimos imponiendo de los hechos. Del cerco que en torno a La Moneda habían impuesto las fuerzas de Carabineros y militares, y del intercambio de disparos en el sector. Más tarde seguimos escuchando el curso de los acontecimientos, del ultimátum y del inminente bombardeo del Palacio."

"En vista del clima que existía, yo y mi esposa no salimos a la calle. Como estábamos en casa ajena optamos por quedarnos ahí. Nunca tuve temor alguno por mi seguridad personal, pero no había para qué aventurarse en esas condiciones".

Le consultamos sobre cómo re-

cibió la noticia de la muerte de Allende:

"Fue un impacto terrible. Yo era amigo personal del Mandatario y también conocía a los protagonistas que estaban en el bando contrario. Eso mismo me provocaba mayor inquietud".

Señala que no recibió llamados telefónicos de ninguno de sus amigos. Tampoco supo si algunas de las personas, que presuntamente iban a ser detenidas después, iban a pedir su intervención.

"Ya dije que estaba en hogar ajeno. A lo mejor alguien llamó a mi hogar. Pero nunca supe si fue así".

Recuerda que insistió en irse a su domicilio, pero, decretado el toque de queda, optó por quedarse. "Estuvimos dos días escuchando noticias y reitero que nunca sentí miedo por mi situación. Claro que vislumbraba el incierto destino de la democracia, lo veía con harta preocupación".

Leighton estuvo casi tres años en el exilio y fueron víctimas él y su esposa de un atentado a bala que casi les costó la vida. Del tema es reacio a hablar.



Roberto Viaux:

"El 11 me pilló en el destierro"

(R) Roberto Viaux. Mañana el 11 de septiembre en el destierro, en Parí, había sólo una semana en cumplir dos años y diez meses de destierro. Fue acaparar en una conspiración de muerte, el "caso Schnell".

En la noche, un grupo harto grande, en el cual estaba mi familia, fuimos a comer a un restorán. Allí nació la ocurrencia de que teníamos que ayudar, de algún modo, a la reconstrucción del país. Lanzamos una idea: reunir alimentos y medicinas para nuestro país.

"La idea se concretó rápidamente, pues al día siguiente el gobierno paraguayo puso a nuestra disposición un avión especial en que mandamos las remesas."

"Confieso ahora que me entraron unas ganas tremendas de volver al país de inmediato. Sabía si que ello sería imposible, pues yo estaba cumpliendo una pena de destierro de cinco años. No obstante, hice gestiones para que se me autorizara, aunque fuera transitoriamente, la vuelta, pero esa posibilidad se me negó. Debí permanecer hasta el 4 de diciembre de 1978; cumplí íntegra mi pena."

"A 10 años de eso, veo que el país no anda mejor. No le echo la culpa a las Fuerzas Armadas, pero creo que los gobernantes aplicaron una política económica que resultó desastrosa para el país. Los resultados están a la mano: se paralizó la industria, aumentó la cesantía, etc."

"Yo ahora no estoy ligado a ninguna corriente política ni grupo. Miro las cosas desde mi ángulo personal, intentando si que mi proyección pueda ayudar a que los tiempos que vengan sean mejores. No para mí, sino para los chilenos, que han sufrido en los últimos 13 años dos experiencias tan duras".



Roberto Thieme:

"Ese día estuve preso"

"EL día 11 lo pasé en una galería de la Penitenciaría de Santiago —recuerda Roberto Thieme, uno de los máximos dirigentes de Patria y Libertad—. Tuve que comentar mis impresiones sobre la caída de la Unidad Popular con delinquentes comunes..."

Agrega Thieme que, hasta la noche anterior,

"llevaba 15 días incomunicado. Continué preso hasta el 25 de septiembre".

La organización Patria y Libertad, que dirigía en ese entonces Pablo Rodríguez Grez, había sido declarada fuera de la legalidad por el gobierno, que ordenó la captura de sus dirigentes.

A fines de agosto de 1973, Roberto Thieme se

encontraba, con un grupo de amigos, en el restaurante "Insbruck" de Las Condes, cuando ingresó al establecimiento un grupo de detectives. Al reconocerlo, le dieron orden de arresto. Se suscitó entonces un incidente de proporciones, en el cual los comensales terminaron ocultos debajo de las mesas y los protagonistas entreverados en un forceleo cinematográfico.

Máximo Pacheco:

"La D. C. no sabía nada"

"LA semana anterior al once concerté un almuerzo con Patricio Aylwin — cuenta Máximo Pacheco, quien fuera Ministro de Educación durante la administración del Presidente Frei—. Aylwin en ese momento era presidente de la Democracia Cristiana y yo Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, y quedamos que ese mismo día lo llamaría antes de irme a la escuela para fijar el lugar y la hora. Y así lo hice; lo llamé a las ocho y quedamos de acuerdo en juntarnos a la una y media en el Escorial. Bueno, a esa hora mi señora ya había escuchado la radio Agricultura donde decían que se había levantado la Armada, y se lo comenté a Aylwin."

"Esa radio es mentirosa



—me dijo—. Si es cierto yo lo tendría que saber porque soy presidente de la Democracia Cristiana."

"Salí tranquilo camino a la facultad, pero ya en todas las radios se hablaba de un golpe de Estado. Al llegar ya estaba convencido que se trataba de un golpe. Me encerré en mi oficina y al escuchar el sentido discurso de Allende, no me cupo duda que se suicidaba; en su voz había mucha desesperanza. Lo otro que me con-

venció, fue ver a los obreros de Editorial Quimantú que se retiraban por Santa María hacia arriba: habían optado por salvarse."

"Naturalmente el almuerzo no se realizó, y además lo que cuento revela el absoluto desconocimiento de la directiva del partido Demócrata Cristiano del golpe, en fin. A las once de la mañana ordené cerrar la Escuela de Derecho y quedé muy angustiado. Siempre fui contrario al golpe; era partidario del diálogo, y me afligió mucho. Esta no era la solución, era sangre para Chile. Al llegar a mi casa en el barrio había jolgorio. Yo, a pesar de estar en contra de Allende, no puedo dejar de decir que me dolió mucho".

tan pernicioso para el país. dió se me reunieron muchos que viven en Asunción, para los hechos. Reinaba la felicidad.

MIS 11 RECUERDOS DEL DÍA



Fernando Riera: Lo supe en España

El entrenador de fútbol Fernando Riera, conocido internacionalmente por haber dirigido a famosos equipos, sintetizó el día que vivió en aquella fecha:

"Yo estaba entrenando al equipo de Real Deportivo La Coruña, en España, el 11 de septiembre. Había salido de Chile el año 71. Yo sabía cómo estaba el país, porque mis familiares se contactaban periódicamente conmigo y me contaban qué problemas había en Santiago y en el país. La noticia la recibí, primero con sorpresa, pero sabía que habíamos llegado a extremos increíbles.

"Yo me encontraba con mi esposa y mis tres hijos allá. En esa época, los dos varones tenían 17 y 16 años y la niña 10. No puedo negar que hubo preocupación en nuestro núcleo familiar por lo que estaba pasando en Chile, pero a la vez sentimos un alivio. Lamentamos, eso sí, las víctimas que siempre hay en casos como éste.

"En España los diarios, radios y televisión dieron amplios detalles, pero la gente no sabía las verdaderas razones. No ubicaban nuestro problema. Así que se distorsionó un tanto la realidad. Retorné a Chile en 1976".

Juan Enrique Lira:

Las fotos de Salvador Allende

"LLEGUE al centro alrededor de las nueve de la mañana — cuenta el editor gráfico de 'El Mercurio', Juan Enrique Lira —. Venía en taxi y me bajé en el cerro Santa Lucía. Traía una lente potente, pero sin noticias claras de lo que pasaba. En mi caminata de Santa Lucía hacia el centro, los militares me miraban el lente, pero no pasó de eso. Ya a las once de la mañana sabíamos bien lo que pasaba. Los Hawker Hunter volaron por sobre nosotros, que estábamos en el edificio de Compañía, y varias vainillas cayeron al techo y al patio. Cuando eran las tres de la tarde llegó una tanqueta a buscarme para ir a fotografiar al Presidente Allende por orden del general Palacios, debido a que no podían ubicar al fotógrafo de Investigaciones. El oficial a cargo de la tanqueta estaba sumamente nervioso, le dimos agua y se quedó como 20 minutos. Llegamos a La Moneda por la puerta de Morandé. Una fila de gente tendida que habían sacado de adentro ocupaba casi una cuadra. Entramos y primero fotografiamos el primer piso. Hablamos con el general Palacios, a quien recién lo había herido una esquirla en la mano; subimos al segundo piso y allí reinaba una gran confusión. Había bomberos trabajando; de ahí pasamos a la sala donde estaba Allende. En eso llegó el fotógrafo de Investigaciones y él tomó las fotos. Ellos querían tener el documento. Allende estaba tendido en el suelo, con la espalda apoyada en una silla; tenía



perforada la mandíbula, y se veía una prótesis dental en la parte superior de la cabeza. Calculé que había disparado unas 4 ó 5 balas, ya que se veía quemada una parte de la mano con la que gatilló. Su cuerpo estaba iluminado por un foco de bomberos. Después fotografiamos partes de La Moneda, y Hernán Farías, un fotógrafo del diario que había ido conmigo, tomó la foto de cuando sacaron a Allende tendido en una camilla, cubierto por una manta; de ahí nos dijeron que nos fuéramos, pero yo pedí que así como nos habían ido a buscar, que nos llevaran en tanqueta, y así lo hicieron por orden del general Palacios".

"Cuando llegué al diario, le describí todo tal cual,

igual, igual, a René Silva Espejo, que en ese momento dirigía el diario. Director, le dije, Allende se suicidó, y él, sin levantar la vista, me contestó: He perdido un enemigo".

—Esas fotos de Allende, ¿nunca fueron publicadas?, preguntamos a Lira.

—No. Nunca fueron publicadas. Yo estuve cuando lo desnudaron para que en la foto se viera que no tenía otros impactos. Al lado había una botella de whisky Chivas Regal que estaba media, y por el rostro, si bien desfigurado, se le reconocía claramente. Los disparos se los hizo poniéndose, posiblemente, el caño del arma en el paladar. Al día siguiente se encontraron pedazos de masa encefálica, y hasta un pedazo de prótesis en una pared de esa sala, como a tres metros de altura.

—Y después, ¿cómo hizo para salir del centro?

—Fui rescatado como a las cinco por Fernando Díaz y Pablo Honorato. Salimos por Morandé hacia el hotel Tupahue y no se veía a nadie. Al poco andar llevábamos una fila de gente detrás nuestro. No sé de dónde habían salido. Cuando llegamos al hotel estaba todo tapiado y no nos dejaban entrar. Luego de mucho bregar, y demostrando que teníamos reserva, nos dejaron pasar. Allí estaba el ballet Bolshoi de Moscú, que tenía que actuar esa misma noche en Buenos Aires. No entendían nada y agitaban pañuelos por las ventanas. No sabían lo que pasaba. Hubo muchos disparos, pero afortunadamente sin consecuencias.



Baltazar Castro:

"Lo supe en un hospital"

"¿E L día once? Sencillamente estaba trabajando en mi fundo de Graneros. El mismo que después me sacó a remate un banco porque no pude pagar los intereses sobre intereses", —manifiesta Baltazar Castro, ex parlamentario.

Agrega que la mañana de ese día llegó al hospital de Graneros, para observar los trabajos que se estaban haciendo allí de una guardería infantil, obsequiada por su familia.

"En el hospital los funcionarios me dijeron que las radios estaban transmitiendo proclamas —añade— y así fue como me enteré que el gobierno de Allende había sido derrocado".

Confiesa don Baltazar que el pronunciamiento militar lo tomó totalmente de sorpresa. "Es que venía muy poco a Santiago en esa época —explica— porque estaba entusiasmado con mis vacas y mis cultivos..."

Al contrario de lo que sucedió en Santiago y en las grandes ciudades, esa vez no hubo balaceras ni enfrentamientos en la zona rural de Graneros.

"Me acuerdo que llamé por teléfono a 'El Mercurio' y me contestó un periodista, quien dijo que estaba tendido en el suelo por temor a las balas. Ahí mismo me informó que el Presidente Allende se había suicidado.

"Lamenté que terminara así una experiencia que podría haber sido ejemplar para los movimientos populares de América latina —relata Baltazar Castro—. Sin embargo, en esa fecha tenía la esperanza de que la intervención militar constituyera un movimiento parecido al que dirigió el mayor Carlos Ibáñez del Campo en 1925, antifolclórico y eminentemente popular. Lamentablemente no fue así".

Germán Becker:

"Estaba grabando el programa Junta Queremos"

A Germán Becker, publicista y director de televisión, el 11 de septiembre de 1973 lo sorprendió en circunstancias muy curiosas.

"Esa mañana —relata— había salido a los estudios de Protab para filmar un programa especial de Fiestas Patrias, que se iba a transmitir el 18 por Canal 13. Se llamaba 'Junta Queremos'..."

Según explica Germán Becker, se trataba de un tema histórico, recordando la frase que le dijeron a don Mateo de Toro y Zambrano en el Cabildo Abierto, y del cual surgió la primera Junta de Gobierno Patrio. Había invitado a ese programa a Ramón Eyzaguirre, conservador del museo de Maipú; al escritor Jorge Inostrosa y al arquitecto Patricio Gross, especialista en la época colonial chilena.

"Me pasó a buscar al productor Javier Larenas, porque yo andaba sin auto —prosigue Becker— y al sintonizar la radio, camino hacia el estudio, nos enteramos de las primeras noticias y proclamas. Una vez en el local

de Protab, que estaba ubicado en Tarapacá con Santa Rosa, ya supimos que se trataba de un movimiento militar muy serio. Aprovechando el equipo técnico y las filmadoras que teníamos, pudimos captar escenas de La Moneda. Eso duró hasta las 2 de la tarde".

A esa hora los fueron a buscar para llevarlos a la Escuela Militar, con todos los elementos de filmación.

"Partimos con los camiones móviles de Protab y nos instalaron en el recinto de Américo Vespucio. Esa misma tarde filmamos la constitución de la Junta de Gobierno. El título del programa original, 'Junta Queremos' resultó totalmente premonitorio, sin siquiera sospecharlo".

Agrega Germán Becker otro detalle insólito: "Ya desde comienzos de septiembre tenía la tincada que ese año no iba a haber Parada Militar, porque todos los efectivos, incluyendo hasta los músicos de la banda, estaban cumpliendo labores de centinelas, de modo que no hubo tiempo para los ensayos.

Entonces, para llenar el espacio de televisión el día 19 de septiembre, cuando se conmemora las Glorias del Ejército, se me ocurrió grabar un programa especial basado en un reportaje a la Academia de Guerra. En ese local, ubicado entonces en Alameda cerca de Brasil, me atendió muy amable el secretario, coronel Enrique Morel. Me mostró las dependencias de la academia, los juegos de guerra, mapas de maniobras y otros elementos utilizados en ella. Yo filmaba todo sin prestar mayor atención".

"Pero lo realmente divertido — agrega Becker— sucedió el 13 de septiembre, dos días después del pronunciamiento. Iba yo saliendo de la Escuela Militar cuando me encuentro con el coronel Morel. Me saludó y me dijo: "¿Te acuerdas cuando fuiste a filmar en la Academia? Ese gran mapa que te mostré era, nada menos, que el plan militar del 11, con nombre clave de 'Alborada'. ¡Y tú lo filmaste sin imaginar qué importancia tenía! ...



Nissin Sharim:

“Me sentí desolado”

IBA saliendo de mi casa a firmar un contrato con Canal 7 para producir y exhibir en esa estación 'La Manivela'. Creo que eran las 8 de la mañana, cuando alcancé a escuchar la radio que tenía encendida la empleada de la casa...

"Por supuesto que no llegué al canal, y diez años después, todavía no llego"

"Me sentí absolutamente desolado. Sentí como si se me hubiese muerto alguien muy querido".

"De alguna manera intuí lo que vendría después, dentro de esa cosa tan inconsciente. Pero podría decirte que mi quebranto emocional fue premonitorio".

"Mis dos hijas, que en ese momento tenían 6 y 11 años, respectivamente, se habían ido al colegio y mi esposa estaba en casa. Ella (sicóloga) trabajaba en el Liceo Manuel de Salas, colegio del cual fueron despedidas al año siguiente mis dos pequeñas".

"Emocionalmente quedé como achatado y no atiné a nada. Me di cuenta que no podía hacer nada. Seguí todas las peripecias del asunto por radio y televisión. Luego tomé contacto por teléfono con algunos compañeros del teatro, que estaban tan desolados como yo".

"Recuerdo que era un día muy madrugador para mí y no sé por qué en el canal me citaron tan temprano, porque eso entre los artistas es inusual... No hacía frío, eso lo recuerdo bien... Creo que no hacía frío".

"Creo que en un momento tomé el auto y alcancé a llegar hasta Pedro de Valdivia y Bilbao, y allí vi algo que no ha-



bía visto nunca en mi país: carabineros con metralletas amenazaban a la gente que quería pasar... Mientras iba en el auto escuché la noticia de que parece que había muerto el Presidente Allende o éste se había suicidado. A pesar del clima que imperaba en esa época, para mí fue un hecho inesperado. Sabía que había problemas, pero no sabía que el estilo de solución iba a ser éste. Racio-

nalmente, entendía que iba a ser así, pero emocionalmente no lo concebía..."

"Racionalmente uno hablaba a cada rato que venía el golpe, pero... no sé. No lo concebía..."

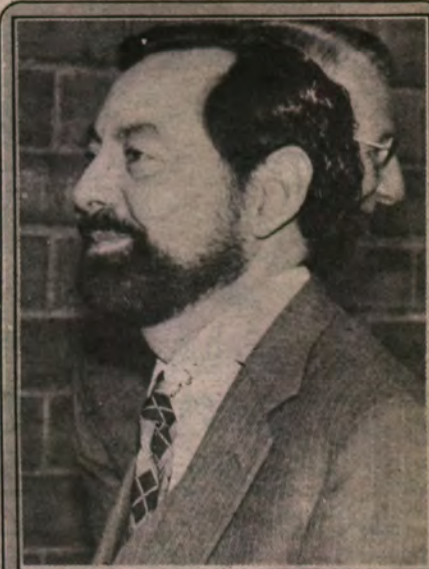
"Mi esposa y mis hijas entendieron mi estado de ánimo, sobre todo la mayorcita, que ya se daba cuenta de lo que pasaba. Fue muy duro... muy duro, porque a los pocos días, al volver a la casa del trabajo, está me la habían allanado. Mi hija menor estaba enferma y mi esposa estaba sola con ella..."

"Vivíamos a sólo dos casas del ex Ministro Sergio Insunza, y la esposa de éste encargó a la mía que le guardara una cuchillería fina. Uno de los vecinos pensó que era otra cosa y nos denunció a la policía. Llegaron hasta mi casa unos 15 a 20 carabineros armados... Fue una cosa increíble".

"Seguí el resto del día en casa, y cuando supe de la muerte del Presidente Allende, se me acabaron las esperanzas de que el asunto podría tener una salida democrática".

"En ese tiempo trabajaba en 'La Manivela', y en teatro hacíamos 'Las Tres Noches de un Sábado', que se mantuvo en cartelera por más de dos años, y además era conductor de un programa que se llamaba... 'Memorándum para Chile'... Nunca me acuerdo cómo se llamaba, no sé por qué".

"En relación a otra gente que fue encarcelada o exiliada, debo considerarme un disidente afortunado. Eso sí, este período me pilló en la cúspide de mi carrera y no me permitió avanzar desde el punto de vista de la proyección social, que una actividad artística puede tener, y la dejó reducida a una expresión casi folclórica, en un país adormecido en el plano estético e ideológico".



Federico Willoughby:

Previno una tragedia...

LAS Últimas Noticias me ha pedido que les entregue un recuento personal del día 11 de septiembre de 1973.

"Esta pregunta es complicada, por cuanto afecta los derechos del libro 'Rebelión Inconclusa' y sólo puede ser citado previo trámite con la firma editorial en Europa.

"Aun así, puedo relatar algunos aspectos que pueden ser de interés.

"El día 11 de septiembre ingresé temprano al Comando Operativo de las Fuerzas Armadas para colaborar en el enlace con grupos gremiales a través del sistema de red de emisoras en base a la Radio Agricultura, Minería y Canal 13 de Televisión.

"Permanecí el día ahí, salvo tres salidas; a La Moneda, al Hotel Carrera para entregar una versión a la prensa y a la Escuela Militar.

"Fue una jornada histórica cuyos detalles han sido recordados por muchas otras personas en términos generalmente veraces. En ellas todos los hombres y mujeres que intervinieron dieron prueba de gran valentía y decisión. Podría decir que la lección de esa experiencia es que un enfrentamiento, entre chilenos, que no fue posible por la planificación de una acción militar rápida y aplastante como el que se evitó, previno una tragedia sangrienta que habríamos lamentado por siglos y cuyas cicatrices serían difíciles de borrar.

"Por ello, el término de la vorágine política, la descomposición social y el caos económico no fueron, a mi juicio, el fin de la Unidad Popular.

"Las Fuerzas Armadas fueron impulsadas a actuar por los civiles y para resolver una crisis que ya venía advirtiéndose desde hacía más de una década antes. La dinámica marxista en la educación, la penetración rusa y cubana más la falta de alimentos fueron el detonante.

"Chile no resuelve por la vía insurreccional problemas políticos contingentes, por estilo ni por temperamento, que busca salidas de menor costo.

"La acción del 11 de septiembre de 1973 fue provocada por una crisis más honda que el régimen de Salvador Allende, por eso también puede resultar una ilusión pensar que el retorno a esas condiciones sea el remedio adecuado a la coyuntura actual.

"Chile debe, con prudencia, implantar un sistema democrático sólido una vez que se cumpla la transición y, en lo fundamental, una vez que el país alcance una normalidad económica, una madurez cívica moderna y niveles de liderazgo civil distintos a los existentes, apegados a los usos y costumbres que generaron la crisis".

Alberto "Chiruco" Bravo:

“Me olvidé del miedo al sacar las fotos”

HABIA mucha gente en Mapocho y no podía pasar —nos cuenta Alberto Bravo, quien en esa época se desempeñaba como reportero gráfico del diario "La Prensa", ubicado a media cuadra de La Moneda— Finalmente pude sortear los controles y llegar al diario. Estaba cerrado y en las calles ya no había nadie. Le pedí permiso al portero del diario y entré y saqué las máquinas fotográficas.

"Es como recordar una película. De pronto me encontré frente al correo y veía a los soldados que caminaban con las armas apuntadas hacia arriba; en eso un grupo de cinco o seis personas, al verme con las máquinas fotográficas, se puso detrás mío y me seguían para todas partes. Yo traté de llegar hasta Morandé para hacer otras tomas cuando dos de los civiles que estaban detrás de mí se separaron del grupo y uno se metió a la Intendencia y el otro cruzó la calle y entró a La Moneda. A ese después le pude tomar varias fotos asomado por la ventanilla con una metralleta, mientras por la puerta principal empezó a salir gente con pañuelos blancos y las manos en alto".

"En ese momento empezaron a decir que iban a bombardear La Moneda. Tenía miedo, pero no me moví de la esquina del Correo". Entonces lo interrumpimos:

—¿Y los militares que estaban por allí no lo hacían despejar el lugar?

—"No, estaban muy preocupados y atentos a los disparos que venían de arriba, además, no estaban desperdigados por la calle, sino que avanzaban en orden detrás de los tanques, y yo aprovechaba de seguir tomando fotos.

Al continuar con su relato descubrimos que Bravo está tenso, "en eso estalló la primera bomba y todo se llenó de humo —nos cuenta— "A mí me cayó una piedrecita y me rompió la cabeza. No pude aguantar más y me fui. Llegué hasta Estado y tomé hacia Agustinas. Iba con mucho miedo y el grupo de gente seguía detrás mío. Ahora el problema era que no podíamos salir del centro y no había dónde meterse. Cuando llegamos a Agustinas, un helicóptero que andaba sobrevolando nos disparó confundiéndonos con extremistas, y empezamos a cruzar Agustinas de un lado para otro, escondiéndonos. Por suerte llegué a un



cuartel de bomberos, que era lo único que estaba abierto y les mostré las credenciales y me dejaron entrar: al resto del grupo que me seguía no los dejaron y tuvieron que seguir. Allí me quedé hasta la tarde y cuando las cosas se tranquiliza-

ron un poco salí y me fui a la agencia de noticias A.P., revelé las fotos y me las compraron ahí mismo. Yo era el único que tenía esas fotos".

—¿Y por qué el resto de reporteros gráficos de su diario no las sacó igual que usted?

—¿Sabe por qué? De suerte. Yo ese día estaba libre, pero al ver lo que pasaba me fui al diario igual y llegué tarde. Los otros reporteros gráficos habían llegado a la hora y para que no corrieran peligro los llevaron temprano a la comisaría que estaba debajo de la plaza Constitución. De haber llegado a la hora me hubiera ido con ellos y estas fotos no existirían.

—¿No cree que se expuso demasiado?

—Creo que sí, más de la cuenta, mucho más, pero eso no lo supe hasta después, en el momento mismo no me daba cuenta del peligro que estaba corriendo.

—¿Y esas fotos, después las vendió bien?

—Muy bien. Eso me compensó en parte el miedo y el peligro.

—¿Cuánto les sacó?

—Un buen precio. Créame, me compensó.

MIS 11 RECUERDOS DEL DÍA

Almirante Patricio Carvajal:

“Fue algo que no se pudo evitar”

“E N mi familia no hubo lloriqueos ni cuidate, papito. Mis chiquillos me dijeron: andate no más viejo, que si te matan no importa, mira que esta vida así no vale la pena vivirla”.

De esta manera recuerda el actual Ministro de Defensa, Almirante Patricio Carvajal, la reacción de su familia la noche del 10 de septiembre, cuando él, tras reunir a la esposa y los hijos, les comunicó que la madrugada siguiente él tomaría parte activa en el pronunciamiento militar.

“Indudablemente, mi gente, por el ambiente que se vivía, suponía que algo sucedería, pero no tenían idea de fechas, ni nada, y como el día 11 yo debía salir de madrugada, decidí que, para tranquilizarlos, lo mejor era explicarle mi posición”.

Pero, más que los hechos del mismo día 11 de septiembre, el almirante Carvajal prefiere relatar ciertos hechos que muestran “la inevitable participación de las Fuerzas Armadas en el gobierno del país”.

“Un movimiento que tuvo esa unanimidad y violencia no se obtiene cuando los motivos son pequeños, sobre todo porque llevó a quebrar la tradición de las Fuerzas Armadas de no intervenir en política y las llevó a actuar en forma rápida, unánime y violenta. Yo diría también que fue importante en esa época contar con la ley de control de armas y explosivos, que tanto nos costó conseguir. Ella nos permitió que cuando veíamos a oficiales muy exaltados, que al estilo del comandante Souper, deseaban solucionar pronto los problemas que vivía el país por su propia acción, los enviáramos a que emplearan su energía en la aplicación de la ley. Así se realizaron numerosos operativos para encontrar armamentos clandestinos. A lo que le teníamos más ganas, era allanar la sede del Partido Socialista, pues teníamos la convicción de que allí había armamento almacenado. Lo veíamos desde los pisos superiores de los edificios colindantes. Yo intenté hacerlo, pero fue imposible tocar ese ‘premio gordo’. No nos dejaron. Sin embargo, requisamos mucho. Entre las armas encontramos una herramienta especial, una excavadora eléctrica que la usaban para cavar los hospitales de guerra y los almacenes de armas. Indudablemente se aprestaban a realizar una guerra civil dentro de su propio gobierno”.



Como parte de sus labores, la agenda de actividades del almirante Carvajal comprendía encabezar reuniones con los oficiales generales, en las cuales éstos exponían todos los problemas que surgían en la institución. “Desde los más importantes hasta los más pequeños, todos daban prueba de lo mal que estaban las cosas. Algunos, incluso, resultaban casi para la risa. Recuerdo el caso de un mayordomo y de un cocinero que se le fueron a quejar a su oficial el día de pago, pidiéndole que los sacara de su trabajo de La Moneda, puesto que los miembros del GAP eran gente tan mal educada e incontrolable, que echaba a perder todos sus trabajos de pastelería al meter sus manos en los platos recién preparados. Existían también otros asuntos sumamente delicados. A mí, personalmente, me tocó transmitirle al ministro José Tohá, que después de septiembre no habría alimento para la tropa. La respuesta fue increíble. Me dijo: ‘Mire, almirante, yo no sé si usted ha leído en los diarios...’, en México, creo, que se ha descubierto cómo transformar directamente el petróleo en ali-

mento. Figúrese, no habrá qué sembrar, cosechar, ni nada...’ Esa fue toda su solución”.

“Otra de este tipo de anécdotas que se sucedían casi a diario, se presentó durante una reunión con los directores logísticos de las distintas instituciones y a la cual asistía, además, un representante de la Dirinco. Viendo dónde comprar las cosas que necesitaba cada institución, se mencionó comprar en las fábricas, ante lo que uno de los directores señaló, a manera de curiosidad, que en una fábrica textil su esposa había querido comprar algunos metros de una tela que se hallaba a la venta, pero se le negó. Ante esto, la señora salió y le pidió a su chofer que le comprara el género; éste cumplió el pedido sin ningún problema”.

“Al escuchar este relato el señor Arellano, así se apellidaba el representante de la Dirinco, que era un comunista muy pituco, dijo solucionar el problema. En la otra reunión, señaló: ‘Ahora su señora podrá comprar sin problemas. ¿Cómo se les ocurre juzgar a la gente por su apariencia? Si fuera por eso, a mí no me venderían nada, y mucho menos si vieran cómo vivo’.

“Muchos fueron los problemas y muy grande la presión de los chilenos para que las Fuerzas Armadas actuaran, pero quizás —agrega el Ministro— lo que puso fin al idealismo que colocaba a éstas fuera de la política, fueron las elecciones parlamentarias del 73, donde, tras una investigación, se supo que el gobierno había logrado un porcentaje mayor que el obtenido en el 70, porque habían votado hasta los muertos. Pero lo que más indignó a las Fuerzas Armadas era cómo la UP usaba a algunos oficiales como pantalla al tenerlos como ministros. En las instituciones hubo un esfuerzo muy grande para que fueran los comandantes en jefe los que hicieran el ‘cambio’ y no los oficiales con menor jerarquía, que se hallaban indignados y exaltados”.

“Hay algo que quisiera expresar, además, respecto a los sucesos del 11, y es que pese a que es normal que cada hombre, cada institución, cada organismo, sienta que en cierto momento fue el más importante. Ese día todas las instituciones actuaron bien y se debió a la cohesión de todas. Llegó un momento en que se debía actuar aunque se rompiera una tradición de las Fuerzas Armadas. Ya con las palabras no se podía hacer nada”.



Patricio Renán:

“A mí me pilló en el aire”

A las seis y cuarto de la mañana del 11 de septiembre de 1973, cuando el cantante Patricio Renán abandonó su departamento de soltero en calle MacIver, todo se veía normal. Nada presagiaba lo que iba a suceder en unas pocas horas más tarde.

“Me dirigí al aeropuerto para juntarme con el compositor y amigo Ariel Arancibia. Ibamos a tomar el avión de la Air France que partía con destino a Caracas a las siete y cuarto de la mañana, haciendo escala en Lima y Bogotá”.

El Pato Renán había sido invitado a Venezuela por los organizadores del Festival de Coros del Caribe, evento musical al cual el cantante chileno llevaba dos canciones: “Hoy está contigo”, de Ariel Arancibia y “Vengo de lejos”, de Gustavo Arriagada.

“Yo iba con la ‘caña’ re’ mala porque la noche anterior a nuestro viaje nos dieron una despedida”, confiesa nuestro entrevistado. “En cuanto partimos pedí un agua mineral y me quedé dormido feliz de la vida, ignorante total de lo que iba a suceder en mi país. Aunque hubo algo raro. El avión demoró un tiempo mayor al normal en levantar el vuelo. Estuvo un buen rato con los motores encendidos detenido en la losa. Ahora, pensándolo bien, creo que esto se debió a que estaban chequeando la lista de pasajeros”.

El avión en que partieron el Pato Renán y su amigo compositor fue el último que salió del aeropuerto antes de que cerraran las fronteras en Chile.

“Desperté en Lima. Ariel y yo nos bajamos en el aeropuerto con el fin de ubicar a un amigo periodista peruano”— recuerda Patricio.

Y se encontraron con la sorpresa de la vida. La prensa completa se abalanzó sobre ellos para entrevistarlos.

“Ariel y yo nos quedamos con la boca abierta. Nos dimos un codazo y comentamos felices entre nosotros: ¡puhas que somos populares. Ni hemos avisado y nos están esperando”.

Pero los periodistas peruanos no les preguntaron nada acerca del Festival y de las canciones que ellos llevaban al evento. Sus interrogantes versaban acerca del golpe militar que estaba ocurriendo en Chile.

“¿Golpe? ¿Qué golpe? Nosotros quedamos impactados con la noticia”, recuerda Patricio Renán. “Simplemente no creamos ni una palabra de lo que nos estaban diciendo. Pero si parecía todo normal antes de nuestra partida...”

En Bogotá se convencieron de que la noticia era cierta. En el aeropuerto colombiano sucedió exactamente lo mismo que en Perú. Los medios de comunicación en masa abordaron a los dos músicos.

“A esa altura la conferencia de prensa era al revés. Nosotros preguntábamos y los periodistas contestaban. Cuando llegamos a Caracas estábamos agotados. Nos encerramos en nuestro hotel y no quisimos hablar más con la prensa. Empezamos a sentir miedo de que nos tergiversaran nuestras declaraciones”.

Y, contra todo lo esperado, lo sucedido en Chile en cierto modo favoreció a Patricio Renán. El público se fijó con más atención en el cantante, puesto que su país estaba haciendo noticia.

“Me recuerdo también del caso de Ariel. Estaba supernervioso por sus dos hijos. Ambos pertenecían a la FACH. Llegaba a llorar en el hotel pensando que les había ocurrido algo malo. Yo lo consolaba a garabato limpio. ¡No llores, tal por cual, le decía, a tus cabros no les pasó nada. Y punto!”

Pero las noticias eran espeluznantes. Se hablaba de miles de muertos. Patricio Renán y Ariel Arancibia regresaron el 5 de diciembre de ese año.

Luis Pareto, entonces Presidente de la Cámara:

“Llegué hasta la Plaza de Armas, no más”



“E STABA preparándome para ir a la Cámara, cuando recibí un llamado telefónico del edecán de la corporación, coronel Oscar Vallejos. Me anunciaba dramáticamente que la zona céntrica estaba rodeada de tropas y que era peligroso que me acercara al lugar. De todas maneras, hice el intento de llegar”.

Luis Pareto González era presidente de la Cámara de Diputados el día 11. Representaba a la corriente demócrata-cristiana y había sido elegido hacía poco por quinta vez.

“Como a las 11 de la mañana salí en mi auto y me fui desplazando por las calles que tenían menor concentración de fuerzas policiales. Me detuvieron cuatro veces, pero mostré la credencial de mi cargo y me dejaron seguir. Pero llegué hasta la Plaza de Armas, no más. Un oficial me dijo que el edificio del Congreso Nacional estaba totalmente bloqueado. No insistí y me devolví a mi casa. Al poco rato empezaron a llegar diputados de todos los partidos que querían saber mi impresión. Los calmé, les dije que había que esperar el curso de los acontecimientos, que empeorarían después. Por la radio nos impusimos del ultimátum de las Fuerzas Armadas, que

le pedían a Allende su virtual rendición. Después supimos del bombardeo de La Moneda y de la muerte del Presidente, cosa que verdaderamente nos impresionó. Cuando ya las cosas estaban consumadas y el derrumbe de la democracia estaba consolidado, los parlamentarios debieron irse, porque se implantó el toque de queda, que seguiría vigente un par de días después.

“Desde entonces no he vuelto jamás a la Cámara, ni a visitarla. Tampoco he vuelto a mi despacho, donde quedaron muchos de mis efectos personales, carpetas, documentos, todo. Nadie tuvo la cortesía nunca de devolvérmelos y lo que más siento es que, en mi escritorio, quedó una hermosa fotografía en que aparecían, muy bonitos, todos mis hijos y mi mujer.”

“Diputados de provincia me llamaron repetidamente para que yo intercediera para que ellos pudieran sacar sus cosas. Algunos, que viajaban hasta sus provincias, dejaron hasta maletas. Tuve que contestarles con una frase así: ‘Lo siento, compadre, pero en eso no tengo nada más que hacer’.

“Así terminó mi paso por la Cámara de Diputados, el 11 de septiembre de 1973”.

Luis Valentín Ferrada: Ese día ocurrió un milagro



RECUERDO perfectamente bien los sucesos del día 11 de septiembre; los días que lo precedieron y también los antecedentes gravísimos que se venían acumulando y acrecentando prácticamente desde 1968. Porque la crisis tomó cuerpo y velocidad propia a mediados del gobierno del Presidente Frei. No fueron ni uno ni dos días los aciagos. El quiebre que colocaría al país al borde del abismo en 1973 tuvo un ciclo de cinco o seis años.

"Ser testigo de una crisis tan honda como aquella tiene grandes desventajas y sufrimientos. Pero, también, es un acontecimiento excepcional, si se miran esos hechos a la distancia y con perspectiva. Quedan, junto a los recuerdos, grandes lecciones y experiencias, que en sí son valores apreciables. Máxime si, como en mi caso, las circunstancias se viven en plena juventud; cuando la mente es más atenta y despierta; cuando las emociones parecen ser más fuertes; cuando el entusiasmo por las cosas y los hombres es mayor. En esa época de la vida determinadas actuaciones o hechos marcan e imprimen en la conciencia ciertos juicios que raramente desaparecen.

"En ese tiempo de la crisis recién habíamos salido de la universidad, pero permanecíamos más ligados a ella. La universidad, que es el centro social de la razón, puede ser también el hoyo del volcán, si aquella se ha perdido o perturbado en la sociedad. En 1973 estábamos allí —precisamente—, en el hoyo del volcán. Los estudios se habían virtualmente suspendido. Los libros, las clases, el pensamiento y la reflexión quedaron sepultados por una revolución que todo lo inundaba.

"De esos años, de la magnífica movilización social contrarrevolucionaria, del espíritu profundo de chileneidad que se despertó en miles de mujeres y hombres, recuerdo haber conocido —por primera vez— en qué consiste el alma de un pue-

blo y sus manifestaciones más puras. Es lo que recuerdo, seguramente, con mayor emoción. Los pueblos, como los hombres, suelen vivir bajo el letargo y la medianía que imponen la habitualidad de los hechos de cada día. Pero a veces, raras veces en su historia, reaccionando frente a la adversidad, movido por fuerzas desconocidas e insospechadas, se levanta rescatando su sentido superior. No por lo material, que entonces se desecha, no por simples partidismos o propósitos políticos inferiores, no por la defensa de una posición u otra, ni por conservar ciertos privilegios. No. El pueblo se levanta porque su espíritu se revela al comprenderse amenazado.

"Esto es lo que sucedió el 11 de septiembre, como culminación de un largo y doloroso trance. Las Fuerzas Armadas interpretaron este sentimiento colectivo y encabezaron un pronunciamiento que sólo ellas podían resolver.

"Mi personal recuerdo de ese día está ligado al cuadro que describo. En mi memoria se grava la emoción de mi padre. También, ese día, miré a mis dos primeros hijos, que eran muy pequeños entonces, con serenidad y esperanza.

"Es evidente. Se cerraba aquel día un pasaje muy oscuro de nuestra historia, que jamás debiéramos repetir y, se abría uno nuevo. Uno nuevo lleno de dificultades, obstáculos, desafíos, pero esencialmente rectificador para el reencuentro con la chileneidad. Quizá el entusiasmo que provocó el pronunciamiento, debido a la naturaleza del drama, resultó excesivo y desproporcionado, en el sentido que nos hizo olvidar que no bastaría un solo día para corregir y superar todo lo perdido. Pero ese entusiasmo era inevitable, porque —sinceramente— ese día ocurrió un milagro muy grande. Milagro que jamás podremos desperdiciar".

Pablo Rodríguez: Oculto en un pueblito sureño



EL 11 de septiembre de 1973 el abogado Pablo Rodríguez no se encontraba en Santiago. Pero quiere contar su experiencia desde el principio. Se remonta al 29 de junio del mismo año, cuando junto a los dirigentes máximos del Frente Nacionalista Patria y Libertad debió asilarse en la Embajada de Ecuador "luego del fracasado golpe militar conocido como el 'Tancazo', que corresponde a un intento del Regimiento Blindado N.º 2 respaldado por nosotros".

Continúa Pablo Rodríguez: "Viajé entonces —ocho días después— a Quito, ciudad en la que debí permanecer hasta fines de agosto, ya que el gobierno chileno había anunciado su intención de solicitar mi extradición".

Una vez vencido el plazo legal, Rodríguez regresó clandestinamente a Chile, entrando por la zona de Villarrica, ayudado por civiles y uniformados que actualmente no están en servicio.

"El 11 de septiembre lo viví en un lugar llamado Catrío, que está ubicado entre Temuco y Villarrica" —recuerda—. "Por razones obvias no podía salir del lugar, de modo que seguí los acontecimientos por medio de la radio y por informaciones que me llevaban amigos de las Fuerzas Armadas y Carabineros".

Advierte que habían instrucciones severísimas que le impedían salir del lugar. Recién el 16 de septiembre pudo llegar a Temuco y el 18 a Santiago.

—El día 11, con un entusiasmo que yo no podía negar —exclama el abogado— seguí todos los acontecimientos ocurridos. Me enteré de la muerte de Salvador Allende, lo que no me sorprendió, dado el contenido de sus últimos mensajes radiales.

También por la radio se enteró de la constitución de la Junta Militar. "Las imágenes de aquel día memorable no se borrarán jamás de mi recuerdo", finaliza nuestro entrevistado.

Edmundo Crespo:

Una ráfaga de metrallata

LAS primeras noticias del pronunciamiento me sorprendieron en mi casa, situada en Avenida Apoquindo cerca de la Escuela Militar —rememora Edmundo Crespo, ex alcalde de Viña y dirigente del grupo Nueva Democracia—. Con esa inconsciencia propia de la juventud, subí a la copa del edificio para mirar, con anteojos largavista, los desplazamientos que se hacían alrededor de la Escuela Militar".

"Seguramente los uniformados, desde lejos, pensaron que yo era un francotirador y me dispararon varias ráfagas de metrallata —agrega—. Al ver rebotar las balas cerca mía, me tiré al suelo y casi arrastrándome bajé de ese lugar. De más está decir que el resto de ese día quedé "hiritón" al recordar qué cerca estuve de la muerte. Y todo por copuchento".

Eduardo Crespo estudiaba economía en la U. de Chile el año 1973, pero anteriormente había sido dirigente estudiantil en la U. Católica de Valparaíso, donde al frente del grupo gremialista dio la lucha contra la UP.

En 1975 recibió su título de ingeniero comercial. Fue uno de los organizadores de la Secretaría Nacional de la Juventud y del Instituto de Estudios Diego Portales, dependiente de la Secretaría General de Gobierno. En 1979 asumió como alcalde de la ciudad de Viña del Mar.



Luis Orlandini:

"Llevaba a mi esposa al hospital"

Uno se siente reacio a revivir el pasado en un instante en que la tensión social extrema amenaza con desatar nuevamente las pasiones. Acepto, sin embargo, comentarle mi experiencia de esa época aciaga.

"¿Dónde estaba yo y qué hacía en esos días?"

"En el Ministerio de Relaciones Exteriores y cumplía funciones de Subsecretario.

"El día 10 de septiembre, en la noche, a eso de las nueve, fui a recibir al Ministro de Relaciones Exteriores en el aeropuerto. Venía satisfecho de su labor cumplida y preocupado por la situación interna nuestra. Sus primeras palabras: '¿Cómo están las cosas?'. Mi respuesta: 'Mal, Ministro; el Ministro del Interior acaba de llamarme por teléfono para que le pida a Ud. que se dirija de inmediato a La Moneda; el Gabinete estaría renunciado y la crisis habría sido provocada por la renuncia de los Ministros provenientes de las Fuerzas Armadas. El Presidente quiere conversar con usted'.

"Nos fuimos juntos a La Moneda, en el trayecto informé sobre el estado de los asuntos propios de nuestro Ministerio, y una vez en el gabinete del Ministro le manifesté mi deseo de dedicar el día siguiente a mis urgentes asuntos domésticos: mi mujer debía internarse en la clínica, tenía quirófano reservado para el día 12; el 11 estaba destinado a exámenes médicos preparatorios; nuestro segundo hijo llegaría el 12 a mediodía, si todo sucedía como lo teníamos planeado. El Ministro se anticipó a decirme, 'No venga mañana, Luis; le ha tocado un trabajo duro en estos días, se tiene ganado Ud. ese tiempo para su mujer y para su futuro hijo'. Por cierto que ni él ni yo pensamos en ningún instante durante esa conversación en la inminencia del colapso institucional.

"Al día siguiente, como todos los días, llegó temprano el chofer del Ministerio, un suboficial de Carabineros en comisión civil, que era encargado de esas funciones. Fue él el que en cierta hora de la mañana, mientras yo me aprestaba



para salir, me transmitió la información que había escuchado en el receptor de radio: se había alzado una Junta Militar. El hecho se me presentó como increíble. Desde el jardín de mi casa vi picar a los aviones que bombardearon La Moneda y la casa del Presidente en Tomás Moro y escuché atónito el bombardeo.

"Todo era de tal modo inesperado para mí, que no atino a describir mi estado psicológico, sino con la palabra perplejidad. Mis primeras racionalizaciones surgieron de la necesidad de cumplir con el plan de hospitalizar a mi mujer: despaché al chofer, que fue un buen amigo mío, y le pedí que se presentara con el automóvil del Ministerio en su unidad de Carabineros; tomé mi auto, y con mi mujer a mi lado, me dirigí a la Clínica Santa María para proceder a su hospitalización. Era cerca del mediodía, ya la calle estaba ocupada por patrullas de las Fuerzas Armadas; hubo de cruzar frente a varias de ellas y exhibir mis documentos. Recuerdo que expliqué mi objetivo: la presencia de mi mujer encinta no deló dudas sobre mis intenciones. Inicialmente tuve dificultad para proceder a la hospitalización, pues todo estaba trastornado. Fue menester que recabara el apoyo de nuestra matrona, que a la sazón estaba cumpliendo funciones en el Hospital Militar. Allí me trasladé, y mientras mi mujer esperaba en el automóvil, yo esperaba en la puer-

ta del hospital que llamaran a esta dama, para conversar con ella; entretanto, llegaban apresuradamente uno tras otro, los vehículos que cumplían funciones de ambulancia en los trágicos momentos que estábamos viviendo.

"Mi segundo hijo nació el 13 de septiembre.

"El dieciocho de septiembre reasumí mis funciones como profesor investigador en la Facultad de Economía de la Universidad de Chile; y en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica fui llamado a tomar la cátedra de Derecho del Trabajo, a partir del mismo mes de septiembre.

"En octubre de 1973, en un operativo callejero, con mi libro de clases bajo el brazo, fui detenido y permanecí incomunicado en la Escuela Militar durante unos ocho días.

"En fin, abstracción hecha de las normales inquietudes propias de una prolongada incomunicación en esos difíciles momentos, debo decirle que no sufrí malos tratos ni siquiera de palabra: solamente la injusta situación de la privación de libertad y el estado de incomunicación e incertidumbre, que es todo un suplicio. Pero no me quejo; me considero un hombre muy afortunado. Debo decirle que ya a través de mis experiencias en esos difíciles días empezó a crecer de nuevo, como un retoño, esa vieja fe —producto de mi experiencia— en las buenas condiciones del prójimo.

"Después de ser investigado en todo sentido fui puesto en libertad; volví a mi cátedra en la UC, retomé mis labores en la Facultad de Economía de la U. de Chile. Pasé de nuevo muchos sobresaltos y molestias, a lo largo de los meses y años siguientes; pero es ya otra historia.

"Mi pasada experiencia en estos últimos diez años me lleva a desear en forma vehemente que la generosidad, la cordura, la ponderación y la racionalidad inspiren las acciones de nuestros dirigentes de uno y otro lado, a fin de que logren conducir a nuestro pueblo por la senda de la democracia, en paz y en justicia".

MIS 11 RECUERDOS DEL DÍA



Héctor Humeres, Contralor en 1973:

“Fui a trabajar como todos los días”

Héctor Humeres Magnan era Contralor de la República el 11 de septiembre de 1973.

Este es su relato:

“Me impuse temprano de los acontecimientos. Me dirigí en auto hacia el edificio de la Contraloría, que está en Teatinos, casi frente a La Moneda. Por la radio Minería fui conociendo más detalles del pronunciamiento militar. Al ingresar a Mapocho, ya las fuerzas de orden estaban cortando las vías de acceso al centro, pero gracias al rompefilas y al distintivo oficial pude ingresar contra el tránsito por calle Valentín Letelier. A las 8.45 horas ya se sentían los primeros disparos y al escuchar los bandos militares me di cuenta que la cosa se estaba poniendo difícil. Por eso, instruí al personal para que se retirara del edificio y me quedé con unos 20 funcionarios que creí serían indispensables, si es que la Junta Militar, que se anunciaba, consideraba necesario tramitar algunos decretos.

“Los soldados habían rodeado ya La Moneda y comenzaron a contestar los disparos que recibían desde los edificios circundantes. Creo que esos disparos eran de pistolas, revólveres y armas de bajo calibre y sus estampidos contrastaban con el ruido que producían los fusiles Mauser del Ejército.

“Yo escuchaba una radio y me guarecía detrás de las persianas. No sentía temor, a pesar de que creía el intercambio de proyectiles, pero, cuando escuchamos que el Palacio iba a ser bombardeado, ordené que todos los funcionarios bajaran al segundo subterráneo. La radio, creo



que era la Magallanes, transmitía mensajes del Presidente Allende en que llamaba a la acción a los 'cordones industriales'.

“Después de los sucesivos plazos que se daba a Allende para que abandonara La Moneda, se procedió al bombardeo. El ruido de los aviones los sentimos nosotros en el subterráneo, pero luego subimos hasta nuestros despachos y desde allí pudimos apreciar cómo ardía el palacio. A mi juicio, los rockets disparados por los aviones perforaron los techos y quemaron los antiguos entramados de barro y paja del entretecho. Por eso, creo, empezaron a arder y el fuego se propagó hacia abajo después.

“Yo estaba en un sitial de privilegio, pues podía ver cómo los sol-

dados penetraban a La Moneda por los portales que dan hacia Teatinos. Los tanques, mientras tanto, rodeaban el lugar.

“Sin saber realmente lo que ocurría en La Moneda, me comuniqué con el Ministerio de Defensa por teléfono. Felizmente, ese servicio público no se había cortado. Me interesaba saber si había algún acto administrativo que realizar, pero me contestaron que no. Me informaron, al mismo tiempo, que el Presidente Allende había muerto. Esa noticia me impactó. Allende no era mi amigo, pero lo conocía como puede conocerlo cualquier funcionario de la Contraloría que debiera tratar con él.

“Mi preocupación especial fue proteger ese día a mis funcionarios. Creo que actué bien, pues los militares disparaban hacia cualquier lugar que creyeran advertir la presencia de un francotirador. Ese fue el caso de un pasajero del Hotel Carrera que, según supe después, se asomó a la ventana de su habitación mientras se afeitaba. Los soldados confundieron el destello de su afeitadora con el de un arma y le dispararon. Creo que el turista o pasajero murió.

“A las 17 horas de ese día una patrulla militar me dio protección y me fui a mi casa. A pesar de las circunstancias tan dramáticas, creo que no sentí miedo ni cuando se intercambiaban los disparos ni cuando ocurrió el bombardeo. Llegué a mi hogar a través de las calles vacías, pues el toque de queda se había anunciado ya”.



José Alfredo Fuentes:

“Diez días esperando”

“Parece que tuve una ocurrencia fatal. Decidí regresar desde España el 10 de septiembre de 1973. El avión debía aterrizar en suelo chileno justo el día 11.

Para el cantante de música popular, José Alfredo Fuentes, su llegada al país constituyó una verdadera odisea, de la cual todavía se acuerda con lujo de detalles.

Comienza por el principio. Se encontraba en la Madre Patria grabando unos long plays. “Prácticamente estaba viviendo allí, desde hacía bastante tiempo”, recuerda. Sin embargo, él y su familia habían decidido regresar. “Mandé a mi esposa e hijo de un mes y medio antes de que yo lo hiciera”, confidencia.

En Buenos Aires, ya en pleno día 11 de septiembre, el avión en que venía el “Pollo” hizo escala. Era la última antes de llegar a Santiago. De pronto recibieron un aviso por parlante. “Este avión no continúa a Chile porque hay un golpe de Estado”, informó la voz.

—Yo no lo podía creer. Pensé de inmediato que sería algo semejante al “Tancozo”. Que todo quedaría en nada en un par de horas. Así es que esperé en el mismo aeropuerto hasta que se resolviera el problema”.

Pero se equivocaba. La situación era grave. Lo decían las noticias.

—Eran terribles —recuerda Fuentes—. Entre las cosas que escuché hubo algo que me inquietó particularmente. Se decía que el barrio alto ardía en llamas por sus cuatro costados. Por suerte, cuando logré comunicarme por teléfono con mi familia, me enteré que esta noticia era exagerada.

El “Pollo” debió permanecer diez días en Buenos Aires antes de abordar el primer avión que entró a Chile después del pronunciamiento militar, desde Argentina. Pertenece a la línea aérea Avianca.

—Me costó un enorme trabajo lograr que, tanto yo como todos los otros chilenos que venían conmigo en el mismo aparato, pudiéramos tomar ese avión.

El “Pollo” trabó una gran amistad con los pasajeros que venían con él desde España, forjada tal vez en los instantes compartidos de desesperación. Se sentían aislados en un país extranjero, tormento que ignoraban cuándo llegaría a su fin. Echaban de menos a sus seres queridos detrás de las cerradas fronteras de la patria.

—Yo traía algún dinero, pero había muchos de nosotros que no tenían un centimo. Fue desesperante conseguir alojamiento. Yo tuve que recurrir a amistades argentinas para que los alojasen. Había, incluso, una señora que estaba embarazada. Sin darnos cuenta, me convertí en jefe de grupo.

A los diez días la pesadilla llegó a su fin. Se abrieron las fronteras y todos pudieron regresar.

Francisco “Gabito” Hernández:

La “voz” del once...

FRANCISCO Hernández Armengol es, actualmente, agregado Cultural y de Prensa en la embajada chilena en Colombia, pero se encuentra en “comisión de servicio” como, asesor del Ministerio del Interior.

El 11 de septiembre, hace 10 años, era “director y subgerente de la Radio Agricultura” y figura importante para el éxito del movimiento militar.

—A partir de temprano —relata— en la casa de mi madre, porque aún estaba soltero... comenzó para mí el 11. Tenía instalado un equipo completo de transmisión y me correspondió la partida del

Movimiento Militar a las 8.25 de la mañana... Allí comenzó a leerse la proclama de la Junta Militar...

“Después, más o menos a las 10 y media, me dirigí al Ministerio de Defensa donde estuve hasta el día 15... Todo el 11 lo viví en el Ministerio a cargo de las comunicaciones internas... No del control de radios...”

—¿Tú sabías lo que iba a suceder ese día, pero ¿sentiste algo especial?

“La verdad es que sentí... sentía temor de que esto produjera víctimas y daños, porque la idea es que cuando suceden cosas así, siempre queda gente en el camino... Lo único que sentía es que podía quedar mucha gente afectada por esta situación y que el ideal era lograr, en la forma más pacífica posible, lo que se pretendía”.

“Te diría que ese fue el único sentimiento de ese día... El pensar que podía haber muchas víctimas... El ideal era que no... que nadie hubiese salido perjudicado...”

“Estaba convencido de que eso era necesario para evitar, justamente, un derramamiento de sangre mucho mayor si hubiéramos llegado a una guerra civil”.



Padre Raúl Hasbún:

“Dormí en el Canal 13”

DESPUES de un verdadero seguimiento telefónico, en el cual nuestro único interlocutor fue una fría y calculadora grabadora, finalmente el presbítero Raúl Hasbún dio señales de vida.

Conste que nunca nos comunicamos directamente con él, pero su respuesta no se hizo esperar. El conocido comentarista del Canal 13 de televisión, famoso por sus dotes de orador, nos relató su experiencia del 11 de septiembre de 1973:

“Estaba celebrando misa con el señor Cardenal y Arzobispo de Santiago en su capilla. Allí le fueron a dar la noticia. Una hora más tarde me fui a Canal 13, del cual era director ejecutivo, y ahí permanecí dos días completos. Dormí la primera noche en un estudio del recinto universitario y la otra, en el Hospital Clínico de la Universidad Católica”.



**Gral. Fernando Paredes:
"Tuvimos todo el respaldo popular"**

EL director de Investigaciones, general Fernando Paredes Pizarro, recuerda así la jornada protagonizada hace diez años:

"Es imposible recordar los acontecimientos vividos el 11 de septiembre de 1973 sin hacer referencia a los hechos que lo motivaron. Es necesario pensar en la caótica situación económica, política y social que en esa época afectaba al país y, como consecuencia de ello, retrotraer nuestra memoria a los diferentes planteamientos de ilegalidad de ese nefasto Gobierno, por sus constantes y reiterados atropellos a la constitución política que se expresara una y muchas veces en las cámaras y diferentes estamentos del Poder Judicial. Igualmente, no podemos dejar de mencionar las incitaciones periódicas efectuadas por diversos personeros del régimen a los mandos medios y subalternos de las Fuerzas Armadas, con el propósito de desobedecer la jerarquía militar. En fin, son muchas las incidencias previas que deben tenerse presentes antes de esbozar un somero recuerdo de tan magna fecha y que marcará con hitos indelebles el significativo hecho de que por primera vez en la historia de la humanidad, un pequeño pero altivo país se desprendera del tutelaje de la Unión Soviética y de su repudiado sistema de gobierno".

"En esa época, en mi calidad de coronel de Ejército y Director de la Escuela de Caballería, con una antelación de alrededor de 24 horas, recibí la orden de actuar. Debía enviar efectivos militares de ese establecimiento a Santiago y asumir, además, la Gobernación Provincial de Quillota".

"El cumplimiento de la misión fue relativamente fácil; ya que, unido al hecho de contar con una oficialidad y tropa íntegramente cohesionada y excelentemente instruida, se obtuvo el respaldo inmediato de toda la ciudadanía. ¡No podía ser de otra forma!... Todo el pueblo, no sólo de esa zona, sino de Chile entero, estaba hastiado de soportar los vejámenes de esos desalmados, que inspirados y guiados por instructores extranjeros, especialmente cubanos, asolaban los campos, mantenían en permanente inseguridad a la población y su única y primordial aspiración era instaurar, por la fuerza, un sistema de Gobierno contrario al sentir y alma del chileno".

"Al analizar los hechos de aquella época que originaron la legítima intervención de las Fuerzas Armadas y que trajera como resultante que estos últimos diez años nos haya gobernado el régimen más progresista y de mayores realizaciones de la historia, me resulta oportuno señalar las inconsecuencias en que incurrían las actuaciones de algunos personeros de oposición del presente, en el cual, un reducido sector pretende desconocer la voluntad soberana de dos tercios de la ciudadanía que aprobó la constitución de 1980 y un cronograma definido en esa Carta Magna".

"El tener conciencia de la necesidad de continuar activamente con este proceso implica aseverar que esta oposición no es justa ni consecuente con la grandeza y amplitud del gobierno, así como tampoco con su indubitable capacidad de gestión en favor de todos los chilenos y, en especial, de aquellos más desposeídos", finaliza el general Paredes.



Tobías Barros Alfonso:

Salvoconducto para Hortensia Bussi

"COMO a las 6 de la mañana me avisan, misteriosamente por teléfono, que tengo un amigo enfermo y que, como el día está tan lindo, más vale que no vaya a la oficina. ¿Mensaje en clave? Poco después comienzan las noticias totalmente contradictorias en todas las radios de la capital. Por radio Corporación insisten en repetir una canción pseudofolclórica de los Amerindios, en que se utiliza o se roba una frase musical de una Marcha Turca de Mozart, lo que según un vecino, 'que sabe', significa alarma total para los incondicionales del régimen. A pesar de todo llega a buscarme el auto del Protocolo y logro llegar hasta Lyon con Lota, a recoger a María Llona, funcionaria de mi oficina. Con ella subo al departamento de Miko Bernstein, en el edificio contiguo, a pedir instrucciones. Se escuchan tiroteos lejanos. Se nos informa que no se puede llegar más allá de la Plaza Italia. Nos retiramos prometiéndonos seguir en contacto".

Relata Tobías Barros, quien durante el gobierno de Salvador Allende cumplía las funciones de Jefe del Protocolo, en su diario personal el 11 de septiembre de 1973.

"Tengo escritos todos mis recuerdos de esa fecha y de los días previos y posteriores, pues gran parte de mis actividades las tenía anotadas en el taco de mi escritorio. Por ejemplo, señala Barros, tenía anotado en mi calendario:

"10,30: cita con el Rector de la Universidad de Chile.

21 horas: comida en Lo Curro, en casa del Consejero canadiense".

Continúa su diario:

"Ojalá se haya dado cuenta de la situación y no me haya esperado. Desde la tarde el panorama comienza a aclararse. Con profunda emoción nos enteramos de que los cuatro comandantes en jefe se han hecho cargo de la situación. A pesar de la llovizna fina, subo al techo y cuelgo la bandera".

Miércoles 12.

"Temprano en la mañana me mandan a buscar en un jeep del Ejército. Escortados por cuatro soldados provistos de ametralladoras, nos conducen a Alberto Besa y a mí al Ministerio de Defensa.

"En el curso de la mañana cruzamos a La Moneda con escolta militar.



El Ministerio de Relaciones Exteriores no ha sufrido mayores daños en el bombardeo aéreo. Me da pena el saqueo de algunas oficinas. Parece que la noche del 10 al 11 cierta gente alojó en el edificio y comenzó a eliminar ciertos documentos comprometedores. ¿Quiénes les darían la alarma? En el Protocolo saquearon en la forma más estúpida, las cosas de valor han desaparecido y el suelo está sembrado de condecoraciones chilenas. En mi oficina, señala con humor el diplomático, recupero el árbol genealógico de mi perra".

Entre otros de sus recuerdos de aquel día se halla la llamada que le hiciera el Embajador de México para asilar a una de las hijas de Allende.

"El embajador me comunica que Carmen Paz solicita asilo en su embajada y que por lo tanto él necesita el correspondiente salvoconducto para ir a buscarla a su domicilio y trasladarla con sus dos hijos menores. Al lado del embajador se encuentra Tencha Bussi, no en calidad de asilada, sino como visita en la casa. Me preguntan si deseo conversar con ella. Menos mal que la conozco desde 1947 y recuerdo que hasta 1970 fue una mujer encantadora, después sepa Maya por qué se puso insostenible. Inició la conversación tratando de expresarle mis condolencias, pero ella me interrumpe, y me dice que la ponga en contacto con el general Pinochet o con otro miembro de la Junta. Le respondo que no puedo hacerlo en ese momento, y le ofrezco co-

municarla con mi jefe directo, el Ministro de Relaciones Exteriores, el almirante Huerta. Me responde categóricamente que no; "No tengo nada que decirle a Huerta y, como pienso quedarme en Chile, no tengo ninguna razón para conversar con el Ministro de Relaciones Exteriores".

"Más tarde tuve que firmar un salvoconducto para ella. No sé qué la llevó a cambiar de opinión", señala.

Pero quizás uno de los sucesos que mayor impacto le causó, fue comunicarle personalmente, el día 12 a las 19 horas, al embajador de Cuba el rompimiento de relaciones diplomáticas.

"Nuestra misión es clara: entregar la nota de rompimiento. Llegar a un acuerdo con García Incháustegui sobre la más rápida evacuación de los diplomáticos cubanos en un avión de Aeroflot e impedir que con los cubanos parta un asilado chileno, buscado por la justicia, Max Joel Marambio. Mientras vamos caminando me presento con el coronel que me acompaña, me dice que su nombre es Pedro Ewing Hodar. Me parece que ya he oído ese nombre en la tarde poco antes de salir del Ministerio, pero no recuerdo en relación a qué asunto.

"Nos recibe Mario García Incháustegui con un brazo enyesado. Le entrego la nota. Junto con decirme que todos los miembros de la Misión Cubana caben en un solo avión y que desearía partir cuanto antes, expresa que lo desea hacer llevándose a la tercera hija de Allende, casada con un diplomático cubano, y a otras tres mujeres chilenas que se encuentran en la embajada. Aceptamos y después de un breve cambio de opinión, sobre una posible revisión de equipajes, decidimos que se embarque libre de control todo lo que él marque como equipaje diplomático".

"A la salida, bruscamente, me acuerdo por qué había oído el nombre del coronel y le digo: creo que tiene que apresurarse en ir a la Escuela Militar a la jura del nuevo gabinete. Me contesta: ¿por qué? Yo no tengo nada que ver con esas ceremonias. Ahí me doy cuenta de que él no sabía, y de que hasta ese momento ignoraba genuinamente que él había sido designado Ministro Secretario General de Gobierno".

Pascual Barraza:

"Estuve detenido..."

"EL 11 de septiembre de 1973 vibraba y sufría con la suerte de todos. Sentía la pena de la derrota y el dolor de la impotencia. Pensaba en mi familia, en mis compañeros. También en el Presidente Allende y en sus colaboradores más estrechos, con la mayoría de los cuales me unía una gran amistad, dado que durante dos años fui Ministro de Obras Públicas", recuerda Pascual Barraza.

"Fueron horas muy amargas las que pasamos al conocer la muerte heroica de Allende, y muy agitadas antes de ser detenido y llevado incomunicado a la Escuela Militar", agrega.

Sostiene que él, a esa fe-

cha, era consejero del Banco del Estado en representación del Presidente de la República, cargo que ejercía sin percibir remuneración alguna.

"Estuve tres meses detenido. Sufrí en ese tiempo una falla cardíaca. Posteriormente se me condenó a dos años y medio de detención domiciliaria. Mi casa fue allanada varias veces. Uno de mis hijos estuvo detenido dos veces en un recinto secreto, siendo, por lo tanto, durante semanas un desaparecido".

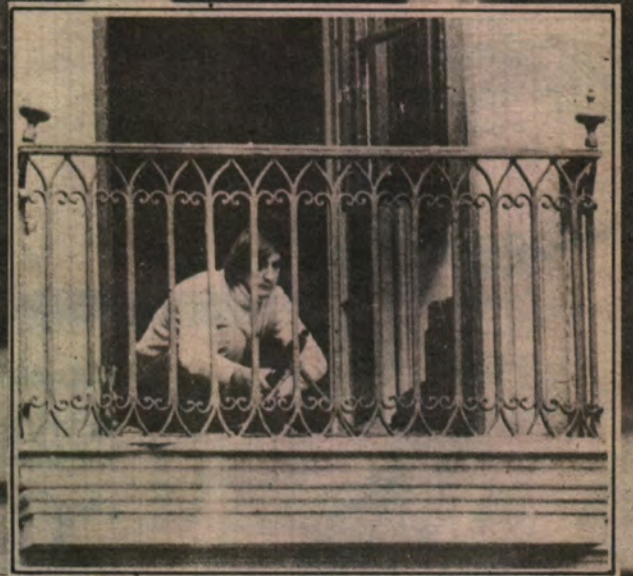
Para Pascual Barraza, que se autodefine como "un luchador social, dirigente obrero y un militante de avanzada", la significación

de "esa fecha trágica, que fue el 11 de septiembre de 1973, se ha prolongado en estos diez años".

Barraza vive hoy de su jubilación, "conseguida después de muchas peripecias, a pesar de tener la documentación completa y casi 41 años de trabajo".

"Vivo modestamente -advierde-, como me corresponde. Sigo en el trabajo de lo que me parece justo. Desde noviembre de 1978 participo activamente en la Comisión Chilena de Derechos Humanos, que sin duda tiene una gran tarea por delante en estos momentos. Especialmente ahora, cuando todos aspiramos a que se restablezca la democracia en Chile".





Cardenal Raúl Silva Henríquez: "Viví momentos de preocupación y ansiedad"

"EL 10 de septiembre de 1973 me encontraba en Punta de Tralca donde pasaba el fin de semana y tomaba un día de descanso. Mi idea era volver el 11 en la mañana para llegar a mis trabajos; pero, por una razón que no me explico, decidí volver el 10 en la noche".

"El once por la mañana estaba preparándome para rezar la santa misa, cuando recibí un telefonazo de monseñor José Manuel Santos, quien se encontraba en Santiago y me comunicaba que había un pronunciamiento militar".

"Para mí fue una gran sorpresa, que, aunque ya se preveía, no deló de inquietarme. Era tan nueva esta situación en nuestra vida política, tan inciertos los resultados de la acción que se emprendía y, sobre todo, presumía que iba a ocasionar no pequeños dolores a mucha gente y que iba a traer esparcimiento de sangre; todo lo cual entristecía mi ánimo".

"Conversamos con los obispos del comité permanente y nos reunimos el día 13 y ahí expresamos nuestro parecer; qué era lo que todos pensábamos y los anhelos que deseábamos se realizaran".

"Manifestamos que habíamos hecho todo lo posible para que Chile se mantuviera dentro de la Constitución y de la ley; que nos dolía inmensamente y nos oprimía la sangre que enrojecía nuestras calles, sangre de civiles y sangre de soldados, y las lágrimas de tantas mujeres. Pedíamos respeto por los caídos en la lucha, pe-



díamos moderación frente a los vencidos y que no hubiera innecesarias represalias. Confiábamos en que las conquistas que se habían acordado en gobiernos anteriores para los trabajadores se mantendrían y esperábamos aún, que se acrecentarían hasta llegar a la plena igualdad y participación de todos en la vida nacional. Expresábamos que la cordura y el patriotismo de los chilenos, unidos a la tradición de democracia y humanismo de las Fuerzas Armadas, permitiría que Chile pudiera volver muy luego a la normalidad institucional".

"Esto era lo que sentí y pensé. Viví esos momentos con preocupación, ansiedad y, después, con una honda pena y tristeza; porque lo que había anhelado y esperado, a mi parecer, no se cumplía".

"Realmente, me he sentido decepcionado y entristecido".

Elías Figueroa

Fuera de Chile

-POR las noticias que daban en la radio y la televisión me enteré de lo que estaba sucediendo en Chile. Confieso que me asusté bastante. Me quedé muy preocupado por mis padres que vivían en Villa Alemana y en general por todos mis familiares y amigos, recuerda el jugador de fútbol Elías Figueroa, refiriéndose al 11 de septiembre de 1973.

El se encontraba, desde 1967, fuera del país, contratado por Peñarol de Uruguay. El año 71 se fue a Brasil, al equipo Internacional de Porto Alegre. Allí lo sorprendió, junto a su esposa y sus dos hijos, el pronunciamiento militar ocurrido en nuestra patria.

—Las noticias que uno recibía en Brasil eran catastróficas. Se hablaba de golpe de Estado, de miles de muertos y cosas por el estilo. Sólo me tranquilicé cuando pude comunicarme con mis familiares y me enteré que todos estaban bien, declara.



Federico Mujica Dos días enclaustrado

"DESDE las 8 de la mañana de ese histórico día me encontraba trabajando como de costumbre en la ex Cooperativa de Empleados Particulares, ubicada en Teatinos 601. Al desencadenarse los acontecimientos subimos, junto con los demás funcionarios, a la terraza del edificio, que tiene 9 pisos, y desde allí pudimos observar el bombardeo del palacio de La Moneda y la toma del Comité Central del Partido Comunista, que estaba vecino a nosotros", recuerda el dirigente de los Empleados Particulares, Federico Mujica.

Agrega que por falta de tiempo y de medios de transporte, el toque de queda los sorprendió dentro del edificio de la Cooperativa "y allí quedamos encerrados durante dos días más de 70 funcionarios".

"Felizmente contábamos con el casino de la institución, que tenía algún stock de alimentos. Tuvimos que cocinarlos nosotros mismos y subsistir de esa forma las 48 horas que permanecemos sin poder salir".

Recuerda Mujica que la primera noche "fue bastante cruenta, debido a la oscuridad reinante en el centro de la ciudad y a los continuos disparos que se escuchaban, intercambiados entre las fuerzas de seguridad y algunos francotiradores que permanecían parapetados en ciertos edificios céntricos".

"A los dos días, cuando pudimos salir, pude ver tres personas muertas en la calle Nataniel —añade—. De inmediato me dirigí a mi casa".

El edificio de la Cooperativa fue revisado minuciosamente por Carabineros, piso por piso, chequeando la documentación del personal y del entonces gerente, Tulio Núñez. "Encontraron todo en regla y no se molestó a nadie. Los Carabineros actuaron con toda corrección. Como dato curioso, recuerdo que todos los documentos requisados en la sede del P. Comunista, que estaba próxima a nosotros, fueron recopilados en esas canastas que usan los panaderos...".

